

Estado y sociedad en el capitalismo tardío

SERGIO ZERMEÑO

I INTRODUCCIÓN

El presente artículo forma parte de un trabajo más extenso sobre el carácter del Estado mexicano. Sin embargo, lo que ahora presentamos no tiene aún ninguna referencia con nuestro país. Se trata más bien de un capítulo introductorio, de una búsqueda histórica y metodológica para el análisis del Estado. Como se parte de un enfoque sociológico para la elaboración de una serie de generalizaciones entre distintas formaciones sociales, en el centro del presente ensayo se encontrarán las relaciones de **clase** como nivel privilegiado para la comprensión de las otras esferas particulares.

Este plano de las relaciones sociales o de clase junto con el análisis comparado de distintos tipos de organización social y política constituyen los dos puntos de apoyo de nuestro trabajo. Se analizan muy rápido los elementos esenciales de las democracias burguesas clásicas, luego se ve lo referente a Italia y Alemania en una forma también muy esquemática y es de ahí que desprendemos el concepto de “desarrollo del capitalismo tardío” que luego nos servirá como un tipo de enfoque para el análisis del “sub-desarrollo” sin este enfoque, creemos nosotros, no es fácil entender el carácter muy particular de nuestra estructura de clases y de sus formas de conflicto, interacción, dominación, etcétera. Después pasamos a estudiar algunos ejemplos latinoamericanos: Brasil y Argentina principalmente.

No se quiera encontrar en este ensayo un análisis cuidadoso de cada uno de los ejemplos antes mencionados, ni de fenómenos como el fascismo o el populismo: es obvio que detrás de la referencia histórica siempre se encuentra el interés primordial de clarificar, por ejemplo, un cierto concepto pensado de antemano para explicar un aspecto de la organización social y política mexicana y que ponemos a prueba a lo largo del estudio de estas otras sociedades.

Pero repetimos, aunque nuestro interés y nuestro punto de partida es el Estado mexicano, no será sino hasta un segundo artículo que intentaremos aplicar los instrumentos aquí esbozados para su análisis.

II EN BUSCA DE UN PLANO INTERMEDIO

En un trabajo previo, dedicado al análisis conyuntural del movimiento estudiantil mexicano de 1968 (por coyuntural entendemos un análisis de los cuatro meses de enfrentamiento efectivo en el campo de la acción y del conflicto) se fue definiendo, poco a poco, una idea que nos empujó a tomar una cierta distancia con respecto a ese plano de "análisis del momento" y a buscar explicaciones en un nivel con mayor perspectiva histórica.

Tal idea se puede resumir como sigue: el Estado en México ha cumplido el rol, dicho en términos figurativos, de un muro de contención de la lucha de clases o del enfrentamiento conflictivo de las clases en el plano propiamente social.

Lo anterior, tal como está enunciado, no representa ningún avance. Pensamos nosotros que una afirmación tal constituye el espíritu, subyacente o declarado, no sólo en la discusión cotidiana sobre el carácter del Estado mexicano, sino incluso el problema central de los trabajos interpretativos a este respecto.

No obstante, la primera imagen que suscita la afirmación anterior es aquella de un Estado voluntarista colocado afuera de la sociedad, apartado de las clases y del control que éstas, apoyadas en su poder económico-político, puedan ejercer sobre él.

Estas reservas están justificadas pero solamente hasta cierto punto. En efecto, si a nuestra proposición le es aplicado todo el rigor de las tesis (o los planteamientos con un alto grado de generalidad) del conjunto de lineamientos universales alineados bajo el genérico de "Teoría del Estado capitalista", lógicamente que el enfrentamiento con nuestra afirmación particular será estruendoso y el grado de entendimiento será muy bajo entre ambos lenguajes.

Pero si nos esforzamos, por el contrario, en llevar la discusión y la demostración de estas afirmaciones a un "plano intermedio", los resultados serán más ricos.

¿Qué queremos decir por "plano intermedio"? a) Por una parte, una renuncia de la ilusión provinciana de que el caso mexicano y el problema del Estado en México constituye un caso aparte, una pesadilla para todo esfuerzo inclusive tímidamente generalizador. b) Por otra parte, también una renuncia del intento no menos ilusorio que implica el querer etiquetar, identificar (y en ocasiones producir en donde no existe) cada rasgo y cada parte del Estado y de la sociedad en México de acuerdo con un código general denominado "teoría del Estado y de las clases en el modo

de producción capitalista". c) En tercer lugar, este "plano intermedio" implica renunciar a la construcción de una teoría regional-geográfica de la sociedad y del Estado. No se quiere afirmar que no tenga sentido y riqueza un esfuerzo comparativo de los rasgos específicos de las sociedades y los estados en América Latina. Tal esfuerzo ha sido de hecho un paso necesario y, hasta el momento, la fuente más rica en este sentido. Pero no cabe duda de que en ocasiones se ha ido demasiado lejos en este camino y que por ejemplo para el análisis de la sociedad, el Estado y la ideología en México, puede resultar por momentos mucho más enriquecedor una salida del regionalismo latinoamericano. En esta maniobra se pueden descubrir elementos y procesos propios de otras sociedades sumamente importantes para relativizar la ilusión de que el caso mexicano es un ejemplo único. Pero si hablamos de la importancia de esta comparación extrarregional para México, hay que dejar claro que ello no es menos válido para la sociedad brasileña, la argentina, la peruana, la chilena, etcétera.

Quizás otra previsión dentro de este punto resulte pertinente: cuando se piensa en lo extra-latinoamericano se tiende a ir en busca o bien de las sociedades altamente industrializadas, por un lado, sociedades que "por principio" se mueven en otra lógica con respecto a nuestra situación dentro del desarrollo del capitalismo mundial, y que constituirían el reverso de la explicación de nuestro estado de atraso (es decir que constituirían la medida de nuestras diferencias y no de nuestras semejanzas) o bien, por otro lado, se tiende a pensar en sociedades sumamente atrasadas de África o de Asia, sociedades que tienen una historia en la inserción del capitalismo en buena medida distinta, con una situación colonial tardía y prolongada, con un Estado nacional reciente, con particularidades en su religión y en su marco cultural general, en sus antecedentes precapitalistas, etcétera, sumamente lejanas a las nuestras y que pueden hacer del análisis comparativo un mero juego formal o abstracto.

No podemos dudar de que estas reservas tienen un peso bastante convincente, pero ellas pierden su evidencia cuando lo que se tiene en mente son ciertas sociedades intermedias entre estos dos extremos: sociedades nacionales como la Rusia zarista, Italia, (la misma Alemania), España, Portugal, Egipto o la India.

d) En cuarto lugar este "plano intermedio" tiene que ser sumamente precavido ante la idea de llevar a cabo análisis comparativos de algún aspecto estructural de una sociedad tomado separadamente. Con esto se quiere decir, por ejemplo, que un análisis comparado de los movimientos estudiantiles en la actualidad (que sería en una mínima parte lo que hemos hecho en el trabajo ya referido), puede brindarnos una serie de enseñanzas sobre cada uno de estos movimientos sociales, pero no deja de constituir un análisis científicamente parcial. Es decir, que no nos habla de la unidad estudiada más que por sus semejanzas o diferencias exteriores con respecto al resto de unidades de su género: nos habla de

la forma pero no de la historia y de las leyes y jerarquías de las unidades ahí contenidas y definitorias de esa forma. En igual sentido podría ser juzgado un análisis que se preguntara cuáles son las particularidades de los movimientos campesinos mexicanos a partir del estudio directo de las semejanzas y las diferencias de este tipo de movimientos en otras formaciones sociales nacionales. O, aún más, para reubicarnos en el nivel de la discusión, las mismas reservas podrían suscitar un análisis del grado de autoritarismo o apertura del sistema institucional realizado en un conjunto dado de sistemas políticos o a lo largo de varios regímenes políticos y medido a través, por ejemplo, del número de huelgas resueltas a favor del sector laboral o del sector patronal; de la cantidad y cualidad de las leyes aceptadas iniciadas por el sector ejecutivo o por los partidos de oposición, de la tendencia hacia el monopartidismo o pluripartidismo, del grado de control o independencia de los medios de comunicación de masas, del número y la importancia de organizaciones políticas o culturales fomentadas y de la elasticidad de los dispositivos para su expresión y participación o, por el contrario, del grado de desarrollo de contraorganizaciones promovidas y controladas por la "fuerza centralizadora", cerrando el camino a las fuerzas del pluralismo social y, en el mismo sentido se podrían analizar los "grupos de presión" y los "grupos de interés" de los distintos sectores patronales u otros, etcétera. Imposible decir que este análisis no comporta ya una clarificación avanzada a propósito del grado de autoritarismo o apertura institucional, o que en otro nivel no nos puede llevar a ciertas conclusiones a propósito del Estado fuerte o del carácter más bien restringido, mediador y cohesionador del Estado. Pero llegado a este punto de avance todavía quedaría una gran pregunta por responder: ¿cuáles son las causas "íntimas" particulares, y hasta cierto punto únicas dentro de una formación social nacional que nos han permitido, por las manifestaciones exteriores que ellas generan, calificar al Estado (X) como un Estado fuerte y al Estado (Y) como más recogido en su "esfera particular", más circunscrito y penetrado por las fuerzas dinamizadoras que en este caso se encuentran fundamentalmente actuando en ese plano que podemos calificar por el momento como estrictamente social? (el campo de las relaciones sociales, de las relaciones conflictivas de clase). De aquí se desprenden, pues, dos lineamientos generales básicos: a) Si este "análisis intermedio", pretende superar la dificultad de las interpretaciones científicamente parciales está obligado a tomar como fuente privilegiada de sus comparaciones al campo de las relaciones sociales o de clase a pesar de que su objeto de interés o de estudio pueda no encontrarse *estrictamente* en este campo (que constituiría el campo estrictamente sociológico). Sería el caso de los estudios sobre el sistema institucional o político, sobre el Estado, sobre los distintos aspectos del desarrollo económico, sobre la ideología dominante o "modelo cultural", etcétera.

III ANÁLISIS COMPARATIVO EN EL PLANO DE LAS RELACIONES SOCIALES

Pero el concepto de relaciones sociales o de clase esconde no pocos malos entendidos: en ocasiones tenemos la tendencia, cuando nos referimos a este plano, a comprender por relaciones de clase un enfrentamiento directo o, digámoslo en términos más explícitos, una lucha en el campo propio de la acción: en la calle. En otras ocasiones, cuando se hace referencia al plano de las relaciones sociales se piensa en una "estructura" de clases, es decir, se piensa en la imagen más o menos poulantziana que se esfuerza por mostrarnos en una sociedad, en un momento dado, cómo podemos calificar, etiquetar, cortar, a través de ciertos casilleros que son descolgados desde lo alto (desde lo político o lo ideológico) o a partir de ciertas cercas que emergen del piso (lo económico), a esa colectividad real que en muchas ocasiones aparece poco diferenciada y que podemos denominar "sociedad civil" ("soportes"). Ninguna de las imágenes anteriores nos pueden ayudar para resolver el problema que ahora nos ocupa: la caracterización de los distintos *tipos* de organización social y política para el desarrollo y la especificidad del caso mexicano.

Nosotros preferimos una perspectiva sociológico-histórica. Partir de la aceptación de que la dinámica de las relaciones sociales en cada formación social será siempre distinta y que esta diferencia deriva de una serie de causas internas algunas heredadas por las formas sociales precapitalistas, otras propias de la geografía, de la ecología, del subsuelo etcétera, etcétera, que, al entrar en contacto con un conjunto de exigencias que son externas a ellas y que derivan de algún polo avanzado de industrialización, dan paso a la formación de ciertas fuerzas sociales. Estas definen un tipo específico de organización social y política a través de las relaciones conflictivas que establecen. Pero esta definición sumamente general de las relaciones sociales no podrá precisarse más que al final del presente apartado. Esta es pues, la doble perspectiva: análisis de relaciones sociales en sociedades históricamente referidas.

Si el Estado (Y) se encuentra más circunscrito a su esfera propiamente "cohesionadora de la unidad de la formación social" nacional, es indispensable dejar claro, por más obvio que parezca, que la explicación rigurosa de este hecho no puede ser buscada dentro de esa esfera misma (la esfera de lo político).

IV EN LAS DEMOCRACIAS BURGUESAS CLÁSICAS

Ahí donde este rol más circunscrito del Estado puede ser calificado como un rol estructural, es decir, que constituye una característica estable y hasta cierto punto permanente del funcionamiento social, lo más probable será constatar que es fundamentalmente en el plano de las relaciones de clase en donde se encuentran actuando las fuerzas dinamizadoras

de la sociedad. En las democracias burguesas clásicas (Inglaterra principalmente), formas *particulares* de organización social para el desarrollo a las que se ha querido generalizar abusivamente, estas fuerzas dinamizadoras estuvieron encarnadas en una clase social netamente *dirigente* y en tanto tal vuelta sobre todo hacia el futuro, destructora de las jerarquías, barreras, tradiciones, etcétera, y por ello mismo revolucionaria; capaz de ordenar alrededor de su "proyecto" histórico, de su ideología particular o de clase, (devenida modelo cultural globalizador) a la gran mayoría de las fuerzas sociales y, con este consenso, capaz de vencer a esas otras fuerzas sobre todo *dominantes*, gestoras de un orden social pre-establecido. La historia de este pasaje, el predominio definitivo del proyecto de la clase burguesa y de la coherencia de esta organización social democrática burguesa para el desarrollo del capitalismo es bien conocida; recordemos solamente que no se trata de un tránsito sencillo, su triunfo en lo social se encuentra alrededor de los inicios de este siglo. Es un proceso largo, ayudado por una lenta pero *hasta cierto punto* posible metamorfosis de las fuerzas atadas a la propiedad terrena, en fuerzas actantes en el mundo de la moderna industrialización. No olvidemos que si esta metamorfosis es más o menos continua, es porque ahí el desarrollo de la industria no respondía solamente a la desarticulación interna de las relaciones sociales precapitalistas, sino a un mercado mucho más amplio preparado por el mercantilismo. El rol para estos polos originarios de "taller del mundo" tendrá, pues, no pocos efectos en la aceleración de la metamorfosis o el simple debilitamiento de las fuerzas referidas.* Se trata de una coherencia difícil pero posible, en tanto ese tránsito se realiza *en una época* que permite una lógica múltiple pero sintetizable: debilitamiento paulatino y metamorfosis continua de las fuerzas sociales del pasado, negadoras del orden naciente, por un lado; debilidad, desorganización y dependencia o imposibilidad de proyecto autónomo de las fuerzas del futuro, negadoras del orden burgués, por el otro, (la organización y acción autónomas de la clase obrera).

Las clases populares, no obstante su permanente presencia en el campo real del conflicto, se ven desarticuladas en su proyecto ideológico particular, en sus organizaciones de clase, en la formación de su "intelligentsia" revolucionaria por el terrible impacto que produce en la sociedad global el alto nivel de coherencia del proyecto burgués para el desarrollo y el progreso. (Esto quedará como un rasgo distintivo al futuro y no solamente como un rasgo originario.

* "Quien quiera que efectivamente haya constituido la clase dominante en Inglaterra post-revolucionaria está claro que su política difería por lo menos en un aspecto crucial (de otras): en caso de conflicto los intereses del sector *manufacturero* prevalecían normalmente sobre los del sector comercial y financiero" Erick Hobsbawm, *En torno a los orígenes de la Revolución Industrial*, Ed. Siglo XXI, México, 1971, p. 86.

El impulso en el plano mismo de las relaciones sociales es tal en estos ejemplos, que la imagen de un "Estado arrastrado por lo social" puede servirnos, bien, como resumen global provisorio. No obstante los cambios del rol intervencionista del Estado en la economía que exigirá la etapa "monopolista" el ámbito de éste no se afectará en lo fundamental: quedará circunscrito por ese mismo impulso dirigente cuya promoción y coherencia encuentran sus bases en el ámbito mismo de la "sociedad civil". La comunicación y la integración entre este campo más estricto de las relaciones sociales y la esfera misma del Estado (que de hecho constituyen un todo unido e interpenetrado siendo su disgregación una pura necesidad analítica) se encuentra asegurada y facilitada por un sistema político o sistema institucional bien localizado en su campo específico y en sus funciones (parlamentarismo, juego pluripartidista, independencia sindical, etcétera).

En estas sociedades, el sistema político demostró, pues, una respetable estabilidad y se mostró buen garante de su continuidad y cohesión (hasta donde el término "garante" puede expresar algo en un sistema de acuerdos transitorios, revocables por la acción efectiva en el campo conflictual de las clases sociales).

Fuera de estos ejemplos originarios a los que quizás podemos agregar los casos de Dinamarca y Noruega y un poco más difícilmente los de Francia, Suecia y Bélgica, el resto de las formaciones sociales nacionales conoció tipos de organización social y política para el desarrollo radicalmente distintos en muchos aspectos.

V EN EL CAPITALISMO TARDÍO

En efecto, en aquellas sociedades cuyo desarrollo capitalista fue tardío con respecto a las anteriormente mencionadas, (para emplear el concepto con que Marx analizó la sociedad alemana), esa lógica múltiple a la que hicimos referencia actuó en una forma absolutamente diferente, por no decir adversa; y es que ella se desarrolló en una época histórica global distinta: a) Por una parte, esta metamorfosis de las clases dominantes ligadas a la producción terrena se operará cada vez más difícilmente, b) Así, la tendencia que en los ejemplos originales lleva al debilitamiento de estas fuerzas sociales, se ve modificada en el capitalismo tardío por una tendencia a su conservación y, en ocasiones, incluso a su fortalecimiento. El surgimiento del primer polo de producción de artículos en serie (gran industria) cuya existencia requiere del control del mercado mundial, (como lo demuestra Erik Hobsbawm), y que se encontró en algunas partes de Europa y de Inglaterra fundamentalmente, éste surgimiento, repetimos, ejemplo único de desarrollo autónomo, generó a su alrededor una serie de demandas y una serie de ofertas (una serie de leyes de la expansión de este polo capitalista), que van a afectar y a mar-

car profundamente y hasta cierto punto con una lógica distinta a las formaciones sociales *nacionales* que se encuentran en su periferia, (leyes que no exentan a sociedades como Alemania o los Estados Unidos). Esta es una afirmación bien conocida; ella ha sido desarrollada por autores tan diversos como Marx, Lenin, Gramsci, Baran, Bettelheim, Hobsbawn, Frank, etcétera y empleada para analizar las sociedades más disímiles en todas las épocas o las "edades" del desarrollo del capitalismo mundial.

Citemos solamente a Hobsbawn para precisar un poco a qué tipo de leyes, actuantes entre lo original y lo tardío, nos estamos refiriendo: "Una parte del mundo progresaba (...) a toda velocidad hacia el poderío industrial; la otra marcaba el paso. Pero los dos fenómenos no se encontraban sin relación el uno con el otro. El estancamiento económico, la apatía o aun la regresión de los unos, era consecuencia del progreso de los otros. En efecto, ¿de qué manera las economías relativamente atrasadas habrían podido resistir a la presión o en ciertos casos a la atracción de los nuevos centros de riqueza, de la industria y del comercio? Inglaterra y ciertas regiones de Europa eran perfectamente capaces de arruinar a todos sus competidores. Les convenía ser el taller del mundo. Nada les parecía más natural que el rol, para estos pueblos menos desarrollados, de proveedores de productos alimenticios y en ocasiones minerales, y de intercambiar estos bienes para los cuales la concurrencia no importaba frente a los productos manufacturados ingleses (o de otros países de la Europa occidental). El sol, decía Richard Cobdon a los italianos, es vuestro carbón. Ahí en donde el poder local se encontraba entre las manos de los grandes propietarios y aún de los agricultores o ganaderos al corriente de la actualidad, la situación era favorable a las dos partes. Los dueños de plantaciones en Cuba se encontraban completamente satisfechos de obtener sus ingresos del azúcar y de importar mercancías extranjeras para permitir a los extranjeros comprar este azúcar. Ahí en donde los industriales locales lograban hacer oír su voz, ahí donde los gobiernos sabían apreciar las ventajas de un desarrollo económico equilibrado o, más simplemente los inconvenientes de la dependencia, "la novia era menos 'bella'".*

VI FUERZAS DE "CONSERVACIÓN" Y DESARROLLO DEL MERCADO INTERIOR

Pero he aquí que estas fuerzas de la *conservación*, para emplear el término de Bettelheim, ponen en movimiento siempre, dialécticamente, otras tantas fuerzas de *disolución* de la organización social y de las formas productivas no estrictamente capitalistas de una sociedad originariamente periférica. La construcción de un ferrocarril, es cierto, sirve para conducir las materias primas, desde su punto de obtención inicial (la mina,

* Eric J. Hobsbawn, *L'Ere des Révolutions*, Fayard, Paris 1970, p. 232.

la plantación etcétera), hasta el puerto desde donde son enviadas a los centros industriales, y en esa medida reforzará el poder económico y político de los propietarios atados a la producción primaria y reforzará también la presencia y el peso de la ideología de estas clases dentro del modelo cultural global (sabemos bien cómo las clases ligadas a la tierra y a la comercialización de sus productos y fortalecidas por este tipo de intercambio o comercio mundial, en nuestro ejemplo facilitado aún más por el ferrocarril, tienden a imponer hacia la sociedad global, en tanto clases dominantes, un tipo de modelo cultural fuertemente marcado por el prestigio de la propiedad, por el tipo de consumo de lujo importado de la metrópoli, por los valores y conductas aristocratizantes, en detrimento de una mentalidad que tiende a emplear su capital acumulado elevando la productividad del trabajo, favoreciendo la libre movilidad del mismo, etcétera).

El ejemplo del ferrocarril nos permite estudiar también otros fenómenos de esta tendencia a la conservación de formas productivas y tipos de organización social tradicionales en sociedades tardíamente incorporadas al capitalismo: una vía férrea, en tanto permite el transporte de artículos a bajo precio, hace rentable la importación de manufacturas en donde antes no lo era y tiende a desplazar a las industrias embrionarias locales antes protegidas por el aislamiento geográfico.

Pero al mismo tiempo, dialécticamente, el ferrocarril trae aparejado, y fortalece de una manera decisiva, una serie de procesos internos que tienden a dinamizar el marco de relaciones sociales existentes y por tanto a poner en cuestión las reglas de la estructura social tradicional. Es decir, no sólo representan un factor negativo para el desarrollo o tendiente a conservar la estructura social tradicional, sino también un factor positivo: disolvente de estas estructuras.

En efecto, la instalación de una vía ferroviaria implica movilizar la mano de obra en una o varias regiones. Para el obrero que trabaja en ella y para la población por donde esta vía atraviesa, se abre la opción, antes inexistente, de permanecer en su lugar de origen o de emigrar transitoria o definitivamente. Por supuesto que en un inicio es una opción que constituye un fenómeno reducido, pero lo que importa es que las condiciones técnicas del nuevo medio de transporte traen aparejada la necesidad de una mano de obra para su construcción, de una burocracia de la empresa, crean una demanda de artículos que en buena parte pueden ser producidos localmente, etcétera. Por otra parte, el ferrocarril, quizás por las condiciones técnicas y la velocidad que inaugura, desborda las fronteras de unidades regionales socio-políticamente integradas, en la medida en que, por ejemplo, los antiguos sistemas de impuestos departamentales o restricciones al libre tráfico de las mercancías y los hombres, devienen trabas meramente formales y tienden a perder su razón de ser.

El ferrocarril también facilita el proceso de unificación nacional en tanto liga realmente al centro político con el resto del territorio. La uni-

ficación nacional y el surgimiento efectivo del Estado-Nación traen aparejado el desarrollo de una burocracia pública importante, o, en otra de sus manifestaciones el desarrollo acelerado de la urbanización, etcétera. No se quiere decir que el ferrocarril es el principio explicativo de fenómenos de la magnitud de la urbanización, la unificación nacional o el desarrollo de ciertas capas medias; pero en su inter-influencia con todos estos aspectos, constituye una unidad de análisis privilegiada para dar cuenta de aquello que en nuestras sociedades se ha denominado, bajo el término genérico de: "historia de la formación del mercado interior".

El análisis de las leyes del desarrollo del mercado interior dentro del capitalismo tardío nos conduciría a una discusión que nos desviaría completamente de los objetivos de este apartado: Limitémosnos aquí a las dos observaciones siguientes:

a) Para lograr un análisis comparativo del Estado que exceda los límites de América Latina, es preciso colocar los casos comparados en niveles y momentos homogéneos. Es decir, poco sentido tendría acudir al carácter del Estado alemán hoy para encontrar ciertos rasgos que nos permitan entender mejor la organización social y política de los ejemplos latinoamericanos. Es evidente que de la historia del capitalismo alemán nos interesa fundamentalmente aquel *momento de tránsito* que va de la plena hegemonía de los sectores terratenientes tradicionales hasta aquel momento en donde el proyecto de la clase industrial moderna deviene el proyecto predominante de la sociedad global. Pero es evidente también que una comparación realista con las formas socio-políticas contenidas en ese momento del desarrollo alemán o italiano, sólo es posible a partir de aquellos ejemplos latinoamericanos en donde el sector industrial ha llegado a constituir también el sector predominante de la economía o, para decirlo en otros términos, en donde el desarrollo de las relaciones sociales (mercado interno) ha alcanzado niveles que han permitido la incorporación de la gran industria como sector eje de la economía y en donde, además, esa producción industrial está orientada fundamentalmente a satisfacer la demanda del mercado interior. Por supuesto que el carácter y los efectos de esta industrialización serán en buena medida distintos entre 1940-70 que entre 1860-1900, pero es evidente que un requerimiento mínimo para hacer comparables distintos tipos de organización social y política es que, por lo menos, puedan ser distinguidos los mismos actores sociales no obstante que su talla o su peso específico varíe de un ejemplo a otro; no obstante tampoco que en nuestras sociedades aparezcan actores nuevos que en los primeros ejemplos de capitalismo tardío no se presentaban: el capital extranjero, las empresas multinacionales o, a otro nivel, las masas marginales, etcétera.

b) Todas estas diferencias constituyen de por sí esa fuente de conocimiento que nos permite el análisis comparativo. El aletargamiento y la lentitud en la preparación de las bases para el desarrollo del capitalismo en sentido estricto (la industria como sector predominante), el carácter

localizado, poco expansivo y marginalizante de ésta, se debe indudablemente tanto a un cúmulo de causas internas (es evidente que nuestras sociedades no estaban orientadas hacia una forma societal capitalista como destino necesario) como a las causas negativas irradiadas por el primer polo capitalista industrializado, analizadas más arriba.

Nuestras semejanzas con los primeros ejemplos de desarrollo tardío del capitalismo se basan, pues, en el hecho de que ciertas sociedades como Argentina, España, Brasil, la India o México han logrado hasta cierto punto una disolución de formas productivas precapitalistas o heredadas por la etapa mercantilista que les han permitido desarrollar a la industria como sector eje de la economía. Pero el que la burguesía industrial moderna (nacional o asociada al capital internacional), pase a ser a resultas de esto, la clase *económicamente* hegemónica no constituye más que el punto de partida de la etapa que nos interesa porque a partir de ese momento lo que debemos poner a la discusión y someter al análisis comparativo serán los distintos procesos a través de los cuales cada una de estas sociedades logra definir una organización social y política más o menos coherente para impulsar y orientar el desarrollo capitalista. Lo anterior no quiere decir que todas las sociedades referidas anteriormente hayan logrado, por el hecho de su desarrollo económico, esta mínima coherencia.

Justamente, lo más normal será el constatar una profunda falta de correspondencia entre ambos momentos. (Entre el surgimiento de la industria como sector eje y el momento en que la organización social y política logra una cierta coherencia para el desarrollo del capitalismo en sentido estricto). Esta es la etapa que queremos privilegiar en este ensayo, para luego mostrar las enormes diferencias que existen en este momento de la historia social de México con respecto a todos los otros ejemplos de capitalismo tardío.

VII DOS TIPOS DE DESARROLLO CAPITALISTA TARDÍO: ANTERIOR Y POSTERIOR AL SURGIMIENTO DEL MONOPOLIO

En sentido inverso, la diferencia en el plano económico con los primeros ejemplos de desarrollo capitalista tardío es clara: la preparación de las condiciones sociales (formación del mercado interior) de nuestro impulso industrializador se llevan a cabo en una época en que la tecnología a nivel internacional ha alcanzado niveles tales que descarta cualquier opción o esfuerzo nacional para producirla, o por lo menos vuelve esta producción altamente incosteable. Pero no nos referimos aquí al problema que podría significar el ser dependientes tecnológicamente del exterior porque si esta tecnología fuera capaz de generar un tipo expansivo de desarrollo y por tanto incorporativo de grandes sectores y regiones atrasadas se podría decir que el modelo clásico representaría, más tarde o más temprana-

no, una historia común para todas las sociedades capitalistas (Rostow tendría razón). Y todo lo anterior no obstante la *descapitalización relativa* que pudiera implicar la dependencia tecnológica etcétera.

De esta manera, podemos decir que en aquellas sociedades que han desarrollado el capitalismo en sentido estricto ya bajo la etapa monopolista (alta concentración del capital, elevados niveles de desarrollo tecnológico a escala mundial etcétera), como podrían serlo Argentina, Brasil, México, España; lo más normal es constatar una serie de rasgos del Estado como actor emergente para regular, reprimir o reorientar un conjunto de tendencias, manifestaciones o conflictos sociales agudizados por este tipo de desarrollo marginalizante y profundamente desigual.

Lo anterior ya constituye un rasgo que va a colocar dentro de una lógica muy específica las formas de interacción entre Estado y "sociedad civil", dicho en otros términos: entre el plano del Estado-sistema político y el plano de las relaciones sociales o de clase. Sin embargo los elementos para explicar correctamente el carácter de distintos *tipos de Estado* deben ser buscados bajo una perspectiva sociológico-histórica que no se conforma con constatar el acrecentado intervencionismo del Estado en la regulación del desarrollo para deducir, de ahí, que estamos ante el surgimiento generalizado de Estados autoritarios. Hay que ir, pues, más al pasado en el análisis de la formación de las relaciones sociales y políticas para saber en cuáles de estos tipos de acción de lo político sobre lo social, podemos realmente hablar de un Estado actuando como verdadero actor dirigente y en cuáles tal impulso está generado por fuerzas sociales externas a este ámbito estatal o simplemente no existe, no obstante los altos grados de intervencionismo o burocratismo estatal.

Ahora bien, esta digresión tiene como objeto subrayar un hecho fundamental: los tipos de organización social y política a través de los que las naciones no originariamente industrializadas se desarrollaron dentro del sistema capitalista, comportan un conjunto de fenómenos que las diferencian muy profundamente de las primeras.

Se ha tendido a pensar que las tendencias a la conservación o al reforzamiento de las clases tradicionales son un fenómeno específico de lo que podríamos denominar la periferia actual del capitalismo y que en todos los países hoy desarrollados, el triunfo de las burguesías, aunque con algunas variantes, siguió un mismo camino que estaría más o menos marcado por una historia intermedia entre la Revolución industrial inglesa y la Revolución francesa. Ya Barrington Moore ha mostrado en un trabajo clásico* que esta historia intermedia y un tanto ideal constituye una peligrosa generalización y el propio Hobsbawm llama la atención sobre el hecho de que "La expansión económica de un sector urbanizado en Europa Occidental fue conseguida en parte mediante la conversión de

* Barrington Moore, *Les origines sociales de la dictature et de la démocratie*, F. Maspero, Paris, 1969.

grandes áreas de Europa oriental en una colonia del Oeste productora de alimentos y materias primas"... y que "ésto se consiguió convirtiendo a Europa Oriental en una economía servil, dominada por terratenientes", interesados en una política de "comercio libre, desindustrialización, explotación creciente del campesinado y sacrificios por parte de las clases urbanas"* que eventualmente eliminó el mercado para productos industrializados. Dentro de esta lógica podemos decir que todavía los Estados Unidos pudieron sobreponerse, por la vía de una revolución democrático burguesa, a las clases terratenientes sureñas.

VIII LOS ESTADOS UNIDOS: CAPITALISMO TARDÍO Y ALIANZA PROGRESISTA

La alianza progresista entre los industriales norteamericanos, las masas trabajadoras, y los granjeros del norte, contra las fuerzas retardatarias, asegura una hegemonía definitiva a la clase burguesa moderna y a su proyecto ideológico. También aquí se puede hablar de una temprana y permanente supremacía de la esfera propiamente social, de la "sociedad civil", podríamos llegar a decir, sobre el Estado. Aún más, Estado y sociedad global son arrastrados por el proyecto de esa clase dirigente mucho más vuelta al futuro que interesada en mantener las jerarquías y la herencia sobre las que se asienta la antigua dominación o, más exactamente en este caso, la ideología de los grandes propietarios esclavistas del sur.

"El sur era partidario de la libertad de comercio que le permitía exportar hacia Inglaterra y en intercambio, comprar de ella mercancías británicas baratas; el norte, desde un inicio (1816), por decirlo así, se mostró siempre deseoso de proteger vigorosamente las industrias autóctonas contra todos los extranjeros (es decir, los ingleses), capaces de proponer mejores precios. Norte y Sur se disputaban los territorios del oeste, unos para instalar allí plantaciones esclavistas y squatters montañeses viviendo sobre sus tierras en condiciones rudimentarias; los otros para implantar allí sus segadoras mecánicas y sus gigantescos mataderos".*

Es un hecho por otra parte, que el tipo de inmigrantes que llegan a Norteamérica en el siglo XIX, la fertilidad de esos territorios que facilita para esta época la proliferación de la pequeña propiedad con la granja familiar, la colonización interna del Oeste, la ausencia de relaciones sociales precapitalistas o sea el hecho de ser un territorio casi vacío, sientan las bases de un mercado interior lo suficientemente amplio para asegurar, por lo menos en el plano económico un acelerado fortalecimiento de la gran industria sobre la gran propiedad.

* Eric Hobsbawm, *Op. cit.*, p. 79-80.

* Eric Hobsbawm, *L'Ère des Révolutions*, *Op. cit.*, p. 231.

El parlamentarismo, los partidos políticos, las organizaciones sindicales, y en general, el sistema político o institucional podrán asegurar, lograda esta coherencia y esta hegemonía, una continuidad. Garantizarán en cierta forma una mayor cohesión social permitiendo la ligazón y comunicación más adecuadas entre la esfera conflictiva propia de las relaciones sociales y el Estado.

Los Estados Unidos lograrán, pues, esta elevada coherencia en su organización para el desarrollo del capitalismo, a través de una profunda revolución social que parece situarse estratégicamente en medio de dos épocas: suficientemente tarde para coadyuvar hacia el tipo de organización social que mejor convenía al desarrollo acelerado del capitalismo (evitando así el fomento a las tendencias retardatarias del pasado, como sucedió en buena parte con la Revolución francesa), y suficientemente temprana para poder apoyar la movilización en base a una alianza progresista. En estas condiciones la revolución burguesa norteamericana fortalece la unificación nacional por la gran movilización interior y el triunfo evidente de uno de los proyectos en pugna.

Es esta una supremacía lograda desde el campo de lo social propiamente dicho; ella expresa la fortaleza de una clase y la capacidad de esta clase para imponer, desde abajo, su ideología como proyecto universalmente deseable, para envolver y hacer dependientes al resto de las ideologías de las clases particulares por su gran capacidad de dinamización, de ruptura de los "compartimientos estancos" sociales adquiridos por herencia, y por la elevación, al primer plano, de la iniciativa individual o privada. Se puede hablar aquí más que en ninguna otra parte, del triunfo de la "sociedad civil" frente a la "sociedad política".

Por otro lado, la inexistencia, por la situación geográfica norteamericana, de amenazas y agresiones de potencias extranjeras, como lo pudo haber sido Francia para Inglaterra a principios del siglo XIX o Inglaterra para el Japón, elimina el peligro de un fortalecimiento del Estado como actor emergente centralizador y en cierta medida hace innecesaria la creación de monopolios o simples controles económicos estatales, tan perjudiciales, en esta época, para el desarrollo de la democracia burguesa.

IX CAPITALISMO TARDÍO PRE-MONOPOLISTA

Para las naciones que desarrollaron el capitalismo más tarde, las cosas no serían pues tan sencillas: si los primeros polos de industrialización pudieron gozar del mercado mundial y con ello dinamizar y fortalecer a las nacientes clases burguesas o si los Estados Unidos pudieron llegar también ahí por las condiciones enormemente favorables de su gran mercado interior y otras señaladas anteriormente, este motor de aceleración dejó de actuar en la historia futura del capitalismo.

Ya no sería tan fácil el logro de la hegemonía de la clase dirigente vuelta hacia el moderno mundo industrial ni la metamorfosis o el simple debilitamiento de las clases aristocráticas terratenientes. Tampoco lo sería la alianza progresista entre burguesías nacientes y clases populares a través de una gran movilización social o una revolución desde abajo, ni el lugar y el rol más o menos definido de las instituciones políticas muy pocas veces desbordadas aunque siempre embestidas por los conflictos sociales y por el Estado, etcétera.

Pero ausencia de hegemonía burguesa o a la inversa persistencia y en ocasiones fortalecimiento de lo tradicional y regional implicará también precaria unidad nacional por la imposibilidad de un proyecto ideológico burgués preponderante dentro del modelo cultural global.

Alemania, Italia, Rusia, ejemplifican bien la especificidad del capitalismo tardío premonopolista y del difícil, lento y a veces inacabado proceso de definición de un tipo de organización social más o menos coherente para el desarrollo del capitalismo.

Desde la revolución de 1948 hasta la definitiva hegemonía del fascismo en el poder, la historia de la presencia de fuerzas sociales en empate, de alianzas reaccionarias, de dictadura bismarkiana, de intentos de parlamentarismo efectivo y estable, de reiteradas crisis de la organización social o, como Gramsci las denomina crisis de equilibrio catastrófico de las que el periodo 1918-1924 nos dan el mejor ejemplo, parecen caracterizar este difícil tránsito.

“La burguesía alemana ha evolucionado tan débilmente, tan perezosamente, con tanta lentitud, que en el momento en que opuso su hostilidad al feudalismo y al absolutismo se declaró también hostil al proletariado y a todas aquellas capas de la población urbana cuyos intereses e ideas estaban asociadas al proletariado.*

* Carlos Marx. *Bourgeoisie et Contre Révolution*, Ouvres Choisis, Ed. du Progrès, Moscú, 1976, Tomo I, p. 145-146. “La burguesía alemana se encontraba lejos de ser tan rica o concentrada como la de Francia o Inglaterra. Las antiguas manufacturas de Alemania habían sido arruinadas por la introducción del vapor y la supremacía en extensión rápida de la industria inglesa; las industrias más modernas creadas bajo el sistema de bloqueo continental de Napoleón (“Prohibición hecha a los países europeos y promulgada por Napoleón I en 1806 de comerciar con Inglaterra) y establecidas en otras partes del país no compensaban la pérdida de las antiguas y no era suficiente para despertar un interés en la industria que empujara a los gobiernos, celosos de toda acumulación de riquezas y de poder que no fueran los de la nobleza, a tomar sus necesidades en consideración. Si Francia lograba conservar su industria de la seda a través de cincuenta años de revoluciones y de guerras, Alemania, durante el mismo lapso de tiempo, perdía o poco faltaba, su antigua industria del lienzo. Además, los distritos industriales eran poco numerosos, diseminados y situados completamente al interior del país; y como se servían de preferencia de los puertos extranjeros holandeses o belgas, para la importación y la exportación, tenían poco o ningún interés en común con los grandes puertos del Báltico y del Mar del Norte; pero eran sobre todo incapaces de crear grandes centros industriales o comerciales como París y Lyon, Londres y Manchester. Este estado de atraso de la

Por otra parte, además de la tragedia que para estos países implicó el no ser más "taller del mundo", además de las tendencias a la conservación que los primeros polos provocaron sobre ellos, y además del debilitamiento que sobre sus burguesías trajo consigo todo ello; de las palabras de Marx puede desprenderse un cuarto aspecto fundamental a retener en este marco de lo tardío: el fortalecimiento de la clase obrera y de los sectores populares en tanto fuerzas sociales con un relativo grado de organización y proyecto autónomo. Este aspecto da cuenta también de las razones del bloque de la organización social. Pero la capacidad de acción y organización relativamente autónomas no sólo se explica porque sociedades como Italia, Alemania o Rusia tienen detrás de sí, por su situación capitalista tardía, en el ejemplo de los países originarios una historia de movimientos obreros y un desarrollo del socialismo científico y de la teoría de la revolución bastante avanzado (si esto fuera así, también en Inglaterra y en los Estados Unidos el movimiento obrero entre 1850 y 1930 podrían haber desarrollado grandes acciones tendientes a la ruptura revolucionaria). La explicación de este hecho viene sobre todo de la incapacidad de la hegemonía política e ideológica de la burguesía industrial, para imponer un proyecto de desarrollo global a la sociedad, un proyecto revolucionario y negador del tradicionalismo, las jerarquías y la herencia de la sociedad preindustrial.

Así en tanto son las clases mucho más vueltas al tradicionalismo o dominantes y no fundamentalmente dirigentes las que siguen ocupando visiblemente el primer rango de la escena política, la capacidad de proyectos alternativos por parte de las clases populares es mucho más factible: es más fácilmente definible el adversario del progreso y mucho más coherente la crítica y la ideología revolucionaria.

Pero no se entienda con esto que sólo a través del control del aparato del Estado por parte de las clases modernas burguesas, el capitalismo puede instaurarse como modelo cultural predominante y como proceso acelerado de transformación económica. El modelo clásico muestra que el problema de la hegemonía de este proyecto no requiere del control político directo por las clases estrictamente capitalistas para su viabilidad. La hegemonía es una cuestión que se resuelve, pues, en el plano propiamente social por una predominancia, en tanto fuerza social sobre el resto de las fuerzas sociales.

Las clases preindustriales muestran una capacidad mayor para parti-

industria alemana tenía causas múltiples, pero dos son suficientes para explicarlo: La situación geográfica desfavorable del país, alejado del Atlántico que era la gran vía del comercio mundial, y las guerras continuas en las cuales Alemania se encontró enrolada y que se libraron en su territorio desde el siglo XVI hasta nuestros días. Su debilidad numérica y sobre todo su ausencia de concentración impidieron a la burguesía de Alemania adquirir esa supremacía política que la burguesía inglesa poseyó desde 1688 y que la burguesía francesa conquistó en 1789". (Federico Engels, "Révolution et Contrarévolution en Allemagne", *Ouvres Choisies*, *Op. cit.*, p. 314.)

cipar más directamente y hacerse presentes en el Estado y en el sistema político a todos los niveles. De ahí que en los ejemplos en que estas clases, sobre todo dominantes muestran una persistencia prolongada sea más fácil para los sectores populares y para la clase obrera identificar un adversario preciso y autorreconocerse como las fuerzas del desarrollo acelerado y del progreso.

Es por ello que nos encontramos, en el capitalismo tardío, frente a crisis de equilibrio catastrófico reiterativas, conflictos sociales que tienden inmediatamente a la ruptura revolucionaria y, alternativamente, represiones violentas desde lo alto, formas autoritarias de Estado producto de las alianzas reaccionarias entre burguesía moderna y terratenientes para la defensa de una sociedad de clases fuertemente amenazada por las clases populares y la clase obrera.

En estas condiciones, lo que en las democracias burguesas clásicas constituyó un sistema institucional más o menos estable, y más o menos capaz de asegurar la continuidad del sistema y abrir paso lenta pero seguramente a las nuevas fuerzas sociales organizadas, en las sociedades que vinieron después al capitalismo tal sistema político se vio constantemente rebasado desde abajo, por el conflicto de las clases siempre tendientes a la ruptura, y desde arriba, por la marcada resistencia que las fuerzas dominantes opusieron a la participación de la clase obrera y los sectores populares. El peligro que implicaba una alianza progresista y una revolución desde abajo, replegó a la moderna burguesía industrial del lado de los grupos aristocráticos terratenientes y tuvo como resultado el dejar un número excesivo de actores sociales en la escena y, en ciertos momentos, podríamos decir a fuerzas iguales.

Estos momentos de ruptura (las revoluciones de 1848, las Revoluciones rusas de 1905 y 1917, muchos momentos de la historia de Francia entre ellos La Comuna en 1871, las crisis sociales de la post-guerra entre 1918-1924 en Italia y Alemania principalmente), caracterizan las situaciones más cercanas a lo que podríamos llamar un modelo clásico de la lucha de clases, constituyen la patria del Marxismo en tanto Teoría de la Revolución. A la excepción de Francia, (y quizás por ello este país constituye un ejemplo de una gran riqueza, intermedio entre las democracias burguesas clásicas y el modo de sociedad capitalista tardía), en el resto de los ejemplos el largo tránsito quedó sellado por la intervención en ocasiones brutal de un actor emergente capaz de colocarse por encima del bloqueo o equilibrio catastrófico de las fuerzas mencionadas: el Estado.

X EL CAPITALISMO TARDÍO PREMONOPOLISTA: LA PATRIA DE LA LUCHA DE CLASES

Pero son los fascismos principalmente (aunque también en alguna medida el Bolchevismo ya en el poder) quienes constituyen los distintos

desenlaces de esta historia de bloqueo. Son, para emplear el término consagrado por Barrington Moore, diferentes formas de revolución desde lo alto: a partir del Estado. Todas ellas surgen o acompañan su acción, no obstante, con una dosis variable de movilización social en su camino hacia un control estricto del aparato del Estado. (Y en algunos de esos casos la revolución social sienta las bases para una acción desde lo alto). Dentro de la línea de ideas que nos interesa destacar, estos momentos pueden ser considerados como momentos en los que se define una organización social y política más o menos coherente para el desarrollo en general o para el desarrollo capitalista si se deja de lado la vía soviética. En los dos casos en donde esto es más inmediatamente claro, los fascismos, este proceso de "revolución" desde arriba implica la organización y el fortalecimiento acelerado de los sectores modernos industriales y, más específicamente del sector monopolista de la economía.

Estamos, pues, ante un esfuerzo emergente por asegurar la hegemonía del proyecto propiamente dirigente de las clases superiores y el debilitamiento definitivo de lo que en el origen de este pasaje fuera la hegemonía de los sectores o clases terratenientes tradicionales. El Estado emergente también actúa aquí, desarticulando la organización de las clases populares y del proletariado en especial. Pero fortalecer el proyecto de aquella clase y en particular de su fracción monopolista no quiere decir en ningún momento que el Estado está actuando como el instrumento más acabado de la clase burguesa. El problema es que, justamente la legitimidad del Estado y la fortaleza y autonomía que requiere para imponerse a los actores sociales bloqueados en su conflicto (actores bien organizados no hay que olvidarlo), lo empujan a apoyarse en un proyecto claro y efectivo de aceleración o revolucionamiento del desarrollo a todos los niveles.

Grandeza nacional y de raza en sociedades siempre limitadas en su expansión por la dominación universal de los primeros centros capitalistas, constituye uno de los ingredientes que, al entrar en contacto con un desarrollo acelerado y, en lo más alto del proceso, con una economía de guerra, producen un espejismo de una alta coherencia, administrado por el actor emergente; un modelo cultural difícilmente contestable, y desarticulador de las ideologías de clase particulares. En fin, la velocidad casi ciega del experimento que se estrelló muy pronto con sus límites naturales; pero, por lo menos, tuvo la capacidad de dejar definitivamente atrás la prolongada situación de equilibrio de fuerzas, o instalar al modelo industrial capitalista moderno, si no en la hegemonía completa, sí con una clara predominancia. Si bien esto puede ser menos contundente en el caso italiano, en lo que Alemania se refiere podemos decir que después del fascismo, y del largo rodeo que lo precede, ella se incorpora al marco de organización social y política propio de las democracias burguesas en el siglo xx.

Ahora bien, lo que diferencia de manera clara los ejemplos fascistas de las otras formas europeas en la búsqueda de una organización coherente

para el desarrollo es que en ellos la acción emergente del actor estatal se produce en un momento tal de avance del proceso de desarrollo económico capitalista en donde el grado de diversificación social también ha alcanzado elevados niveles. Esto complica y aun oscurece el marco clásico de la lucha de clases. Las clases fundamentales urbanas (burguesía y proletariado), porque es la ciudad el lugar concentrado del conflicto de los actores propiamente capitalistas, se ven desbordadas, oscurecidas, descompuestas por lo menos en sus límites o fronteras. Hablar de desarrollo capitalista avanzado en el momento de la crisis precedente al fascismo implica ya hablar de un desarrollo monopolista elevado y desarrollo monopolista en términos sociológicos, en términos de fuerzas sociales, implica diversificación.

No solamente del lado de las clases superiores nos encontramos ante un debilitamiento de la identidad de intereses y de la homogeneidad de acción bajo un mismo proyecto como pudo haber sido el caso de las burguesías pioneras. Gran capital o capital monopolista y capital medio ven quebrantada su identidad y precisados cada vez más sus puntos de fricción, aunque una amenaza seria del oponente de clase común pueda restablecer entre ellos una identidad transitoria.

Pero son bien conocidos también los efectos que esto acarrea del lado de las clases populares: entre la clase obrera propiamente dicha y el resto de las capas más explotadas y en el interior mismo de la clase obrera.

Sin embargo, esta diversificación en el seno de las clases fundamentales del proceso capitalista, no sabría explicar por ella misma el tipo fascista de acción emergente y por otra parte difícilmente encontraremos un ejemplo en donde la lucha de clases se desarrolle con un elevado nivel de homogeneidad entre los actores fundamentales de la sociedad industrial en ascenso.

Si separamos bien los momentos del proceso fascista podemos afirmar que a diferencia de los otros casos de acción emergente en donde sí vemos que las fuerzas sociales se dividen en dos campos y se enfrentan abiertamente y en una lucha de completa ruptura revolucionaria, en nuestro caso el proceso de crisis de equilibrio catastrófico es congelado y es mucho menos brutal al interior de la sociedad misma. La guerra civil es aplazada, canalizada y reorientada en función de un desarrollo acelerado que, al final de la experiencia, pareciera haber exportado la crisis interior hacia un enfrentamiento entre sociedades nacionales provocado por el tipo de solución emergente adoptada (y en esta visión el antisemitismo actúa también como una agresión contra una nacionalidad exterior).

Pero lo que nos interesa es la primera etapa, el hecho de haber podido resolver la crisis congelando y evitando el enfrentamiento abierto y de ruptura revolucionaria al interior.

Para explicarnos esto es necesario distraer un poco nuestra atención de los actores fundamentales y recordar que cuando se habla de modernización, de desarrollo industrial avanzado, de proceso de urbanización

importante, etcétera, estamos haciendo referencia, al mismo tiempo, a la presencia de un complejo de sectores sociales "nuevos" propios de la diversificación que conllevan todos estos procesos: a las clases medias si se quiere. Si la acción emergente o la revolución desde arriba pudo llevarse a cabo aquí en base a una autonomía o distancia considerable del Estado con respecto a los poderosos actores sociales en conflicto (clases fundamentales) y además desentrabar y acelerar el desarrollo social sobreponiéndose a la alianza reaccionaria, es porque en el plano mismo de las relaciones sociales se habían ya generado las fuerzas que sirvieron de apoyo y de impulso para dar paso a lo que puede ser llamado, con muchas reservas, un Estado de excepción (apoyo mucho más claro en el momento inicial).

En el otro caso, allí donde la diversificación social no habría alcanzado niveles avanzados y en donde el proceso revolucionario se manifestó en toda su rudeza, la acción emergente continuará siendo la expresión de las clases fundamentales o más bien, reposando sobre ellas: la dictadura del proletariado o Estado de la clase obrera.

Volviendo a los ejemplos alemán e italiano, de ahí que quizás haya habido una distancia más grande entre el nacional-socialismo y la gran burguesía industrial que la perceptible entre el fascismo italiano y esta última. Y es que, indudablemente el desarrollo capitalista y sus efectos sociales se encontraban mucho más avanzados en Alemania.

El proceso fascista es pues una forma inédita y violenta en busca de una organización social y política coherente para el desarrollo acelerado pero en una época en donde el avance del capitalismo genera una diversificación social que nos obliga a pensar en términos muy elásticos la dinámica de las relaciones sociales o del conflicto de clases. El fascismo no puede pensarse, entonces, sin el surgimiento de las clases medias con todo lo genérico que pueda resultar este término, con todo lo específico o coyuntural de la situación por la que estos sectores atravesaban en el momento del ascenso fascista (desocupación debida a la crisis de 1929, deterioro del ingreso o proletarianización, resentimiento del ejército por los términos impuestos en los tratados de paz, radicalización en contra del gran capital, etcétera).

La política de la social democracia también expresaba la nueva y más compleja red de relaciones sociales, pero los partidos fascistas resultaron más efectivos porque no se encontraban históricamente comprometidos, aunque fuera tímidamente, con un programa proletario, no obstante que el programa nazi jugaba con un anticapitalismo nebuloso. Entre *Social-Democracia* y *Nacional-Socialismo* las fronteras eran bastante borrosas para la clientela en un inicio.

En fin, además del nuevo panorama en que se perfila la dinámica de la lucha de clases, si algo comienza a ser evidente en el nivel sociológico en estos primeros ejemplos de capitalismo tardío es el contenido y la orientación fuertemente políticos de la acción conflictual de las clases sociales:

su orientación hacia el "lugar del Estado" como objetivo concentrado de la acción social. Esto es hasta un cierto punto válido para cualquier lucha social moderna, pero es en los grados de concentración que hay que buscar la utilidad de estas afirmaciones: ni en las democracias burguesas propiamente dichas encontraremos este fuerte contenido político de la acción social sobre todo ya avanzado el proceso, ni lo encontraremos en la historia posterior de Alemania por ejemplo, ni aún más, tampoco ahí donde la ausencia de desarrollo industrial permite mantener una clara dominación por parte de las clases superiores tradicionales.

Será pues en ese momento de tránsito que impide la supremacía de un proyecto social hegemónico y en donde, por consiguiente, la sociedad capitalista moderna no es aún plenamente predominante y generalizada, que la acción conflictual de las clases va a manifestarse como una acción concentradamente política.

XI CAPITALISMO TARDÍO EN LA ETAPA MONOPOLISTA. LAS FUENTES DE LA DEBILIDAD HEGEMÓNICA Y DE LA HETEROGENEIDAD SOCIAL

Pero dejemos estos casos que podemos denominar de desarrollo capitalista tardío en la etapa premonopolista y veamos cuáles son las consecuencias sociales y políticas del desarrollo industrial moderno cuando el monopolismo a nivel global ya constituye una realidad bien avanzada.

Si en Alemania el sector industrial pasa a ser el sector eje *de la economía* alrededor de los años 1860 y en Italia por 1880, esto sucede muy probablemente en algún momento de la década de los cuarenta de este siglo para Argentina y entre el cincuenta y el sesenta para México y Brasil. El por qué esto sucede con más evidencia en estos países y parece francamente imposible en otros es un problema que nos remitiría a un análisis del proceso de formación de las relaciones sociales capitalistas de producción, o, en otros términos, al proceso de la formación y la magnitud del mercado interior.

Se trata de una discusión de desarrollo económico en sentido fuerte y que guarda una distancia considerable con respecto a las formas de organización social y política a través de las que tales sociedades viven dicho proceso de desarrollo.

Conformémonos aquí con decir que entre más avanza el desarrollo capitalista a nivel global (la composición orgánica del capital) mayores son las dimensiones requeridas en un mercado nacional periférico para que niveles cada vez más complejos del proceso industrial puedan ser incorporados, es decir, sea rentable su instalación. Si Argentina, Brasil y México contaban ya, hace más de veinte años, con un mercado que les permitió comenzar a sustituir procesos industriales cada vez más complejos (sustitución que se aceleró por la crisis de 1929, las guerras, etcétera, claro está) y esto fue posible debido principalmente a la magnitud geo-

poblacional de estas naciones, no es difícil prever que naciones más pequeñas que aún no lo han logrado o que lo lograron más tarde y en niveles menos importantes, se vean cada vez más imposibilitadas para comenzar o seguir incorporando procesos de transformación industrial cada vez más complejos, según el caso. La dificultad de seguir incorporando procesos vale también para los tres grandes pero esta dificultad se presenta a niveles mucho más sofisticados.

No se está queriendo afirmar con esto que por las condiciones marcadamente intensivas que caracterizan el proceso tecnológico las fronteras del mercado interior han sido ya definidas y las posibilidades de incorporar sectores o regiones más amplios de la formación social nacional o incluso formaciones sociales nacionales aún ampliamente periféricas se vuelven imposibles. La formación del mercado, la incorporación de "lo marginal" son procesos siempre continuos a partir de un momento dado de desarrollo capitalista y aun acelerables por la intervención de fuerzas emergentes extra-económicas como lo puede ser el Estado. Pero es evidente que su ritmo expansivo e incorporativo no obstante estos correctores extra-económicos es sumamente bajo y es evidente también que el ritmo de aceleración tecnológica universal se aleja más que proporcionalmente de las dimensiones ofrecidas por aquellos mercados para la incorporación de estos horizontes tecnológicos.

Digamos pues que todo parece indicar que, en la lógica futura del desarrollo capitalista tardío, las dimensiones del *mercado interior* (real y en menor medida potencial) se vuelven un indicador de la "riqueza" de las naciones; y que estas dimensiones están en proporción directa del tamaño geo-poblacional de una formación social nacional.

Esta digresión, si bien por las condiciones de espacio a que estamos sujetos, se encuentra lejos de ser convincente, muestra por lo menos que cuando hablamos de desarrollo tardío del capitalismo no estamos pensando en una historia lineal repetitiva por la que habrán de transitar tarde o temprano todas las sociedades. Y es que partimos justamente de la idea central de que ninguna historia particular es independiente de las leyes del desarrollo capitalista mundial aunque también hay que decir que éste es absolutamente incapaz de explicar el por qué una sociedad nacional logra incorporar hasta cierto nivel las formas predominantes del modo de producción capitalista en sentido estricto (la gran industria) o, lo que es lo mismo, logra preparar las bases sociales para una tal *incorporación* (dimensiones del mercado interior), y por qué otras no logran esto.

Pero he aquí que ya estamos haciendo referencia a un fenómeno nuevo y muy propio de este capitalismo tardío en la etapa monopolista y que va a diferenciarlo radicalmente de las formas tardías anteriores: *incorporar*. Esto va a querer decir simplemente que, para la época en que este desarrollo industrial encuentra las bases sociales que permiten su aceleración, la producción y el control nacionales de la tecnología no serán ya posibles como pudieron serlo en muy amplia medida para Alemania o para Italia.

Por más que nuestros países hayan atravesado por una etapa de relativa independencia paralela al gran despegue de su proceso de industrialización, es innegable que la lógica privada del capitalismo no tendrá nada que ver pasada esa época con las fronteras nacionales en su carrera por el mejoramiento de las técnicas productivas (elevación de la composición orgánica del capital) y en vistas a la apropiación de la ganancia diferencial que trae regularmente aparejado tal proceso de tecnificación. Estando disponibles internacionalmente los procesos tecnológicos más avanzados, utópico sería pensar que el inversionista nacional tenderá a fomentar una composición orgánica que aprovechara óptimamente la oferta ilimitada de mano de obra que caracteriza a estas sociedades.

Si en Italia el desarrollo industrial cobró ya desde un inicio ritmos intensivos de monopolización, en los grandes países latinoamericanos el proceso ha sido aún más acelerado a partir de los años cincuenta.

Todo esto generará efectos al nivel global de la sociedad que colocarán bajo un marco específico el proceso de desarrollo capitalista tardío en la etapa monopolista:

A) *Desarrollo capitalista excluyente*

La capacidad expansiva e incorporativa del llamado "polo moderno" de la sociedad será sumamente baja entre otras cosas porque los "efectos hacia atrás" (hacia la producción de los bienes de producción requeridos por la expansión industrial) representarán una demanda satisfecha por el exterior y, en esa medida, no fomentarán el desarrollo tecnológico, el empleo y la industrialización más arriba de ciertos niveles. Además, el dualismo social se verá fuertemente acentuado no sólo por el hecho de que elevada composición orgánica quiere decir baja absorción de mano de obra (pues esta debilidad puede verse balanceada por la demanda de una serie de insumos semi-elaborados que fomentan el desarrollo de empresas periféricas más incorporativas de mano de obra) sino principalmente porque sus efectos negativos son sufridos en los sectores de menor productividad y más absorbentes de mano de obra. El sector artesanal de la economía que se ve desplazado por la competencia con el sector moderno industrial, tiende a provocar el despido de trabajadores que por su baja calificación y por los términos que privan en la oferta de trabajo pasan a formar parte de sectores subempleados, reabsorbibles incluso por las capas marginadas.

En fin no vamos a reproducir las argumentaciones bien conocidas hechas por una serie de economistas latinoamericanos sólo para llamar la atención sobre la idea de que lo tardío del desarrollo nos coloca frente a formaciones sociales nacionales marcadamente desiguales o, podríamos atrevernos a decir *desiguales y combinadas en lo económico, pero también dualistas*, si se les observa bajo una perspectiva social global.

B) *Permanencia anacrónica de las fuerzas tradicionales*

Pero antes de ver los efectos de esta especificidad sobre nuestro objeto de interés, metamos en juego otros elementos: el hecho de que América Latina haya quedado integrada al proceso de intercambio mundial desde los orígenes del sistema mercantilista (ó más bien, que sin ella El Mercantilismo no tendría importancia), sienta las bases desde muy temprano para que, llegado el capitalismo industrial propiamente dicho (el surgimiento del capitalismo en Inglaterra es también inexplicable sin el mercantilismo y el comercio atlántico), las recientes naciones latinoamericanas pudieran ensamblarse sin mayores dificultades a los nuevos términos exigidos por la división internacional de la producción.

Aquí, con mayor fuerza que en los países periféricos europeos, la naturaleza y la sociedad funcionaban, perfectamente coordinadas con las exigencias mercantilistas exteriores y se encontraban ampliamente preparadas para satisfacer la demanda de los nuevos polos capitalistas propiamente industriales. Es más, si algo había impedido un desarrollo más completo y acelerado de la producción y exportación de productos primarios, no fue una deficiencia interior, sino las restricciones monopolistas de la Corona Española y en menor medida Portuguesa a las iniciativas empresariales privadas a lo largo del período colonial (excepción hecha de los metales preciosos).

La fortaleza de los grupos o clases sociales beneficiados por esta demanda, devenidos hegemónicos a consecuencia de la concentración de poder y riqueza que ella les confiere e interesados en mantenerla, se encontrará en función directa del tipo de productos exportables, de la homogeneidad de lo que se exporta etcétera y estos serán función, a su vez, de las características muy específicas de la ecología de cada formación social nacional en su conjunto (heterogeneidad u homogeneidad regional, tipos de suelos, riqueza del subsuelo, climas, densidad de población, relación inmigrantes-nativos y, tipos de inmigrantes, etcétera).

La pobreza del subsuelo en Argentina o en otros términos la ausencia de explotaciones mineras, la riqueza y la amplitud de las pampas platenses, tuvieron como consecuencia lógica, desde el principio de la colonia una ganadería (secundada por un sector cerealero) ampliamente predominante en la actividad económica y una clase fuertemente homogénea y hegemónica, de una gran capacidad de permanencia y defensa de sus intereses. Si hemos de creer a Mónica Peralta, veremos a estas clases, todavía en la década de los cincuenta, participar como actores centrales de la alianza de clases en el poder, que sustituye al peronismo.

En fin, puede ser éste un caso extremo pero nos muestra bien a partir de donde y cómo se explica la capacidad de resistencia de las fuerzas sociales que posteriormente van a dificultar el pasaje a una coherencia social y política para el desarrollo capitalista moderno con todo lo desigual, combinado y dualista en que éste vaya a presentarse. Por lo demás no es necesario hacer aquí referencia a lo que ya es de sobra conocido: la

hegemonía de estos grupos o esta clase, el librecambismo y la división internacional de la producción que constituyen el marco que la explica, los múltiples tratados de comercio y la invasión de mercancías que los acompañan, etcétera, *dificultarán* y *retardarán* aunque no podrán impedir la formación de un sector industrial y de un mercado interior: serán pues otras tantas causas de la debilidad en este caso irreparable de la clase burguesa capitalista propiamente dicha y nos explicarán su incapacidad de autonomía en la construcción de un proceso industrial nacional y en la definición de un proyecto de desarrollo global en tanto proyecto dirigente y hegemónico. *

C) *Debilidad de las fuerzas de la industrialización*

Así pues, es a consecuencia de este largo rodeo y a la incorporación forzada y tardía en un proceso el que por naturaleza no estábamos orientados que, cuando por fin quedan preparadas las bases sociales para el desarrollo de lo propiamente capitalista, los grupos burgueses industriales de nuestras naciones se encontrarán presos entre las fuerzas del pasado (oligarquías tradicionales dominantes retardatarias, y en distintos grados fortalecidas por el propio desarrollo capitalista de los centros industriales) y las fuerzas ya inalcanzables de una técnica hecha por otros pero utilizada sin opciones por nosotros: una burguesía crónicamente débil y doblemente tributaria.

Aquí, a diferencia de los primeros casos tardíos, esto va a significar que la destrucción de los sectores tradicionales no solamente se vuelve difícil o imposible, en base a una alianza progresista (como consecuencia de la amenaza de organización y proyecto autónomo de los sectores populares animados por la movilización que ello implicaría); sino que, y esto es lo más trágico, la desestructuración de dichos sectores primario-exportadores y primario-productores en general, pronto se revela harto incon-

* "Es importante señalar, —nos dice Francisco Weffort— la ausencia política de una burguesía industrial que fuera capaz de reconocerse, en los planos económico y político, como clase nacional y reivindicar la hegemonía política. En efecto, después de la crisis de hegemonía de las clases agrarias, tocaría a determinados grupos de clase diferentes, más que a una clase nacional determinada, el papel de encaminar las presiones sociales que conducen a la modernización de las estructuras políticas. Se trata como se sabe de sectores de clase media —civil o militar tradicional o moderna—, de grupos oligárquicos "modernizantes" y también de sectores del empresariado industrial. No obstante ninguno de estos grupos tuvo condiciones para aparecer como representante de los intereses globales de su propia clase; aún más, ninguno de ellos se mostró capaz de sustituir a la vieja clase en las funciones de hegemonía política y social, o sea de proyectar, a partir de sus intereses específicos la reorganización general de la sociedad y del Estado". (Francisco Weffort, *Clases Populares e Desenvolvimento social* —contribuição ao estudo do "populismo"—, Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social —I.L.P.E.S.—, Santiago de Chile, febrero de 1968. p. 30).

veniente para el proyecto desarrollista y modernizante (por más paradójico que ello parezca).

Y es que en términos prácticos la dependencia tecnológica exterior se traduce, pasada la primera etapa sustitutiva de bienes de consumo final, en una dependencia entre sectores económicos: el crecimiento industrial dependerá, por lo menos durante la etapa de desarrollo basado en recursos nacionales, de la buena marcha de las exportaciones, o sea, de las divisas que procura este sector para la importación de insumos industriales. "En esa medida, la burguesía industrial debió contar con la burguesía terrateniente con la que, a pesar de la existencia de contradicciones específicas, debió entrar rápidamente en un sistema de alianzas que implicó necesariamente un sacrificio de las clases explotadas (y muy particularmente de los sectores rurales.)" *

Deterioro de los precios de intercambio; terminación de la coyuntura internacional que favorecía altamente los precios de los productos primario-exportables; disminución de éstos a consecuencia del aumento en el consumo interior de productos agrícolas (derivado del crecimiento urbano, de sectores medios y populares, del desarrollo industrial y en general del proceso de modernización), son todos factores que habrán de conjugarse para provocar un profundo desequilibrio en la balanza de pagos. **

* Tomás Amadeo Vasconi y Marco Aurelio García de Almeida, "El Desarrollo de las Ideologías Dominantes en América Latina", *Sociedad y Desarrollo*, Núm. 1, Enero-Marzo de 1972, CESO, p. 109.

** El caso argentino ejemplifica bien cómo las medidas económicas tendientes a subsanar esta deficiencia de recursos para proseguir el proceso de crecimiento industrial, van a repercutir en una completa incoherencia en lo que se refiere a la organización social y política que un tal proceso requeriría. En efecto, con las sucesivas devaluaciones del peso argentino que suceden a la caída del peronismo y la aplicación de políticas fiscales restrictivas se eleva en forma violenta el precio de los productos agropecuarios. El sector industrial se ve entonces doblemente afectado, primero, al elevarse los precios de los insumos importados a consecuencia de la devaluación, segundo, porque la capacidad adquisitiva de los sectores urbanos y principalmente laborales se ve disminuida al aumentar los precios de los productos agropecuarios y disminuye por tanto su demanda de productos manufacturados.

"Así por ejemplo, con la devaluación de 1959, los precios reales del producto rural aumentaron en 37.2% mientras que los de la industria permanecieron estacionarios y los de los servicios cayeron en 10%. Esta modificación de precios representó, según Aldo Ferrer, una transferencia de 2,500 millones de dólares (de 1950) del resto de la economía hacia el sector agropecuario". (Citado por Mónica Peralta, *Op. Cit.*, p. 132, en quien están apoyadas las presentes referencias al caso argentino).

También en Brasil la reforma cambiaría de 1953 hecha por Vargas busca incrementar las exportaciones y contener las importaciones equilibrando provisionalmente, como dice Marini, las cuentas externas del país. Para los años 50's "mientras la industria se empeña en mantener altos los tipos de cambio lo que la lleva a chocar con el sector agrario-exportador, cuyas ganancias quedaban así disminuidas, este sector ya no puede ofrecer a la industria el monto de divisas que le proporcionaba en otros tiempos. Por el contrario, se hace muchas veces necesario que, a través de la formación de existencias generosamente pagadas, el gobierno garantice las

Tenemos así, por una parte, un reforzamiento del poder económico y político de las oligarquías tradicionales gracias a la transferencia de recursos económicos hacia estos sectores, pero por otra parte y como resultado de esto tenemos también un sector industrial nacional doblemente debilitado al agotarse las divisas primero y segundo al enfrentarse a la sustitución de procesos transformativos más complejos y con requerimientos tecnológicos y de capital más rigurosos. No se piense sin embargo que esto redundará en el estancamiento del desarrollo industrial. Justamente porque a nivel internacional el problema no se presenta del lado de la acumulación de capital (característica propia del capitalismo desde muy temprano) y esencialmente porque la burguesía nacional es incapaz de devenir una clase dirigente hegemónica al nivel de la sociedad global, la entrada de capitales extranjeros adopta un ritmo masivo.

Lo problemático es que al no haber un actor central, estatal o en el plano mismo de las fuerzas sociales) capaz de orientar tales inversiones a las ramas en donde verdaderamente pueden tener efectos positivos, al no poderse controlar tampoco los movimientos internos de estos capitales o sus reinversiones a consecuencia de la asociación de la asociación con inversionistas nacionales (aunque a veces meramente nominales) y, en fin, a consecuencia de la simple necesidad de atraerlos en tanto cumplen la función de reequilibrar la balanza de pagos, los efectos del nuevo esquema de desarrollo se harán sentir a todos los niveles de la transformación industrial en la forma de una redoblada tendencia a la monopolización. Se trata del empleo de procesos altamente intensivos de capital y tecnología en una carrera por el control de un mercado de por sí reducido y desplazando, lógicamente, empresas más absorbentes de mano de obra pero no por ello menos capaces para satisfacer la demanda existente.

Pero todo esto nos conduce a lo que para nosotros es fundamental porque el marco de las clases superiores adoptará características sumamente específicas en este estado de cosas con respecto a las otras vías sociales del desarrollo: si en los primeros ejemplos de capitalismo tardío el problema era ya la presencia de un número excesivo de actores sociales en la escena, por un largo período, a fuerzas iguales; en las presentes

ganancias de los plantadores y exportadores, existencias que, en verdad, corresponden a la inmovilización de recursos necesarios a la actividad industrial". Y más adelante continúa: "Es de hecho evidente que la tregua que se estableció entre los grupos industriales y agro-exportadores... terminó por traducirse en un incremento de su solidaridad mutua... La industria (permitió), sin protestar que una buena parte del aumento de la productividad urbana fuera transferida hacia el sector agrario-exportador, por mediación de la dinámica de los precios" y también aunque en este caso con el beneplácito de los sectores industriales "una fuerte transferencia hacia la agricultura que produce para el mercado interior" a consecuencia de una demanda urbana creciente, lo que tuvo como resultado, por la fuerte concentración de la propiedad, un bloqueo del mercado interior. (Ruy Mauro Marini, *Subdesarrollo y Revolución*, Ed. Siglo XXI, 1969, pp. 35 y 39-40).

situaciones el esquema se verá aún más complicado por la intervención de otros tantos ejes de heterogeneidad social o, digámoslo de otra forma, por la intervención de otros tantos elementos que seccionan y vuelven en gran medida inciertos los caminos de la formación de una fuerza hegemónica y dirigente en el plano de lo social. Una fuerza capaz de orientar, impulsar o aun imponer a la sociedad global o a una parte definitoria de ella, su proyecto ideológico en tanto modelo cultural global de desarrollo, o sea, con un mínimo grado de legitimidad y con un mínimo grado de dependencia hacia ese modelo por parte de las otras fuerzas sociales.

En efecto, al tener que basarse el proceso de industrialización en una importante participación del capital extranjero, no solamente se vuelve compleja la legitimación de un proyecto de desarrollo nacional o de desarrollo para los nacionales sino que además tienden a quedar divididas las fuerzas de la modernización en un sector burgués asociado y un sector nacionalista más débil cuyos intereses se encuentran en buena medida confrontados con los primeros. En segundo lugar, y si bien el siguiente corte mantiene una correlación con el anterior es importante señalarlo porque no siempre la coincidencia es exacta, también la división entre el sector monopolista y el denominado sector competitivo, por el acelerado proceso de monopolización antes señalado, se convierten en una fuente de heteronomía en el nivel de las clases superiores con efectos evidentes, ya lo veremos, en el plano mismo de la clase obrera. En fin, habrá que agregar a este panorama el rol por largo tiempo imprescindible de los grupos primario-exportadores y dentro de ellos la profunda división, variable para cada situación nacional entre: sector exportador dinámico, sector exportador tradicional, sector comercializador, latifundistas de baja productividad no vinculados a la economía exportadora; agricultura doméstica, etcétera,* para tener una idea del complicado entramamiento y bloqueo de las fuerzas sociales y de la complejidad de la dinámica de este tardío desarrollo capitalista en la etapa monopolista.

XII EL PANORAMA EN EL PLANO DE LAS CLASES POPULARES

Fuera del marco de la clase superior el panorama no parece tampoco facilitar o servir de base para lo que nosotros hemos denominado, quizás imprecisamente, una mínima coherencia en la organización social y política para el desarrollo. Es más, podríamos decir que si la patria de las *instituciones estables y funcionales* del capitalismo originario se construyó

* A este respecto la división entre los grandes exportadores de carne argentina o hacendados "invernadores" y el sector más débil de hacendados "criadores" nos brinda un magnífico ejemplo. Véase el trabajo de Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, *Crecimiento Industrial y Alianza de clases en la Argentina*, Centro de Investigaciones Sociales Torcuato Di Tella, 1966, pp. 10-20.

alrededor de la clara *hegemonía* de una clase burguesa y la *relativa* pasividad y dependencia de las clases populares y obrera; y si la patria del marxismo como *teoría y práctica de la revolución* encontró su más clara correspondencia histórica ahí donde la clase burguesa moderna se vió por largo tiempo bloqueada pero donde los sectores populares y sobre todo la clase obrera alcanzó un alto nivel de *identidad*, de homogeneidad, organización y proyecto; en los tipos de capitalismo tardío en la etapa monopolista que ahora analizamos bien podríamos hablar de la patria de la *parcelación, del deterioro y de la discontinuidad* inclusive a mediano plazo, en la acción y en el proyecto de las fuerzas sociales a todos los niveles.

Pero no siendo ésta mas que una proposición general, veamos ahora en el plano de las clases populares, de donde surgen algunos de los elementos explicativos de tal estado de cosas:

El primer hecho de significación en este sentido es la no correspondencia, —incluso ante la denominada crisis del sector oligárquico en América Latina, pero sobre todo a partir de ese momento—, entre grado de desarrollo industrial moderno y grado de complejidad o diversificación social.

Es cierto que incluso en las sociedades originariamente capitalistas la desarticulación de las formas productivas anteriores provocó un sobre-desarrollo de sectores populares que al principio distaba mucho de ser absorbido por el polo moderno industrial; sectores no integrados directamente al proceso industrial moderno; pero es indudable también, y aquí nuestra proposición sobre el carácter tardío de este paisaje nos parece central, que el que tal proceso se lleve a efecto en el cuarto decenio de este siglo le otorga un carácter radicalmente distinto y repercute de manera decisiva en lo que hace a la débil conformación de una fuerza hegemónica en el seno de las clases populares.

Varios factores insiden sistemáticamente para provocar este desfase:

A) *Falta de correspondencia entre mercado interno e industrialización*

En primer lugar, por ciertas razones ya esbozadas nos encontramos frente a un tipo de estructuras en donde la demanda de los sectores altos y medios pero también de las capas obreras y en alguna medida de los sectores populares urbanos: en una palabra la demanda del mercado interior, nunca fue satisfecha ni antes ni después del denominado “despegue industrial” por un aparato productivo interior correspondiente. En efecto, se tiene la impresión de que la industrialización que se acelera como consecuencia de la crisis de 1929 y sucesos posteriores, es una cabal expresión del grado de desarrollo del mercado interior. Para cierto tipo de demostraciones esto puede ser correcto pero lo que ahora nos interesa subrayar es que los artículos producidos por la industria de estos países sólo en parte son producidos interiormente, es decir sólo en su proceso final. En su gran mayoría, como todos lo sabemos, la maquinaria con que son producidos estos artículos de consumo final, es una maquinaria, sea

de primera o de segunda mano, traída del exterior. Esto quiere decir que cuando la industrialización se lleva a cabo en la etapa monopolista la demanda del mercado interior alimenta procesos industriales que no favorecen ni con mucho un desarrollo integral del proceso productivo de transformación: los efectos internos de tal demanda son muy reducidos si se les compara con los efectos que pudo haber tenido un tal proceso en una época en que producir un paño implicaba producir la maquinaria textil, el acero para tal maquinaria y tal vez el carbón, el fierro etcétera.

Así pues, partes enormes del ciclo productivo pasan por el exterior, y la demanda del mercado interior se encuentra desfasada con respecto a un ridículo proceso industrial.

A esto se unen otros elementos para provocar una gran debilidad en el peso relativo de la clase obrera frente al resto de las clases populares y una aguda parcelación en su seno, como son por ejemplo los procesos tecnológicos de la industria excluyente de mano de obra pero generadores de una élite obrera de ingresos elevados.*

B) *Hiperurbanización*

Pero la debilidad del sector productivo industrial no implica, sin embargo, que se vea interrumpido el proceso de desarticulación de las formas productivas tradicionales o, para resumirlo con un ejemplo que sintetiza nuestra intención, el ritmo de crecimiento de las ciudades; lo que acontece es que el proceso de desarticulación de lo tradicional y el proceso de urbanización no son acompañados por el ritmo de industrialización. Muy por el contrario, se trata aquí de un proceso de urbanización en buena medida independiente del proceso de industrialización y que se desencadena mucho tiempo atrás por razones que tienen que ver con el propio carácter del sistema de desarrollo hacia afuera: por la modernización de regiones agrarias o mineras para la exportación; por la movilización de mano de obra, la apertura de expectativas y el reforzamiento de empleos que implica la instalación de un sistema de transportes y un sistema de

* "En la población urbana activa de la India, —nos dice Manuel Castells—, en 1931, 25% trabajaban en la industria, 14% en la agricultura, 6% en los transportes, 20% en el comercio y 35% en 'servicios diversos', mientras que en Alemania en 1882, con un nivel de urbanización parecido 52.8% de la población urbana estaban empleados en la industria. Esta población desarraigada y cambiante, desempleada, 'ejército de reserva' de una industria inexistente se encuentra en la base del crecimiento urbano". Para el conjunto de América Latina, que no se aparta en nada de lo anterior, la población urbana (aglomeraciones de más de 2000 habitantes) pasó del 29% en 1925 a alrededor de 50% para 1960, y la población activa empleada en la manufactura siempre se mantuvo en el 13%. Cfr. Manuel Castells, *La Question Urbaine*, Ed. Maspero, Paris, 1972 p. 62. Para datos más precisos por países en América Latina, véase Cardoso, *Sociologie du Développement en Amérique Latine*, Ed. Anthropos, Paris, 1969, p. 102-118.

comercialización en general; por el debilitamiento de las barreras al libre tránsito de hombres y mercancías que ello conlleva; por la movilización que generan las guerras de Reforma y la creación de un ejército regular; por el importante desarrollo de una burocracia pública que acompaña a todo este proceso de unificación nacional; por las grandes migraciones europeas del siglo XIX; en fin, por el desarrollo del comercio, la industria y los servicios que este primer proceso de urbanización exige.

Si esto último no se aleja en forma notable de lo que podemos referir como una historia más o menos normal de la modernización, e incluso la distribución de las fuerzas sociales y ciertas formas de participación política en los primeros decenios de nuestro siglo en Argentina y Brasil parecen recordar los moldes europeos de la organización y la acción social del pasaje a la sociedad industrial,* importantes factores que se expresarán en las décadas siguientes acentuarán el desequilibrio entre ambos procesos, cambiarán profundamente el marco global de participación social y política, y en particular lo que fuera el rol prominente de la clase obrera en otras vías de desarrollo.

El ritmo de desarrollo de la ciencia médica que ha acompañado paso a paso la historia del capitalismo en los países metropolitanos contribuyendo a hacer variar, con cada avance, los valores y las tradiciones de estos pueblos, irrumpe en pocos decenios en nuestros países trastocando violentamente el equilibrio ecológico entre culturas y reproducción social al detener en forma brusca la tasa de mortalidad y sin afectar más que muy lentamente la fecundidad y las normas familiares en sociedades abrumadoramente rurales.

Este es otro efecto del desarrollo tardío, otro efecto de la incorporación de un tiempo histórico (ritmo y edad del desarrollo del M.P.C. en

* El radicalismo argentino o el tenentismo y el civilismo brasileño en lo que hace a las presiones políticas de la clase media o las formas de organización y las corrientes ideológicas que caracterizan a la clase obrera de la época sin duda influidos por los migrantes europeos, —anarquismo, distintas formas de socialismo y quizás la época de más influencia de los Partidos Comunistas.

“La clase obrera, nos dice Enzo Faletto a este respecto, se había caracterizado por estar constituida por un pequeño grupo cuyas actividades se aproximaban en cierta medida —por el carácter de la industria misma— a las tareas artesanales. Aún más en muchos países, Argentina, Uruguay, Brasil, por ejemplo estos grupos de obreros industriales eran de origen europeo, españoles, portugueses, italianos y aun alemanes. En su mayor parte además, tales obreros poseían un cierto nivel de calificación.

“Es posible por tanto postular, guardando las proporciones, que su condición no difería en grado sumo de las que detentaba la clase obrera europea. La misma orientación ideológico-política que el movimiento obrero tenía, la influencia de doctrinas políticas tales como el anarquismo y las distintas formas de socialismo, como también sus actitudes a la industrialización, parecían comprobar este relativo paralelismo”. (Enzo Faletto, *Incorporación de los sectores obreros al Proceso de Desarrollo*, Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (I.L.P. E.S.), Santiago de Chile, 1965, p.8.).

sus manifestaciones más avanzadas) sobre otra unidad societal que, si bien ha establecido relaciones con la primera, su código de organización entre colectividad, técnica y naturaleza sigue manteniendo ritmos e interrelaciones distintos.

Cuando todo lo anterior se combina con el denominado éxodo a las ciudades (ya sea por el propio exceso de mano de obra rural, por los efectos de la crisis sobre la producción primaria de exportación, por el estancamiento que provoca la excesiva oferta mundial y el deterioro de los términos de intercambio, por la tecnificación de ciertas regiones agrícolas, etcétera), el denominado fenómeno de la “hiper-urbanización” o urbanización sin industrialización correlativa, se vuelve gigantesco.

XIII SITUACIÓN DE MASAS: LOS EFECTOS SOCIALES Y POLÍTICOS DE LA PARCELACIÓN Y LA DEBILIDAD HEGEMÓNICA

Nos encontramos entonces frente a lo que un autor como Fernando Cardoso ha calificado como una “situación de masas”. Para la comprensión estructural de este fenómeno creemos haber presentado suficientes elementos; veamos ahora cuáles son sus implicaciones sociales y políticas.

“La formación de sectores populares urbanos y semiurbanos en relación con el sistema social y político global, sin la intermediación de relaciones propias (políticas y sociales) y sin la definición de perspectivas y de ideologías auténticas para expresar la especificidad de estas estructuras en el interior de la estructura social, ha vuelto posible su caracterización en tanto que “situación de masas”. En este sentido, el concepto de ‘masa’ se distingue del de ‘clase’ —sin reemplazarlo— puesto que en una situación de clase se supone que se cristalizan organizaciones propias de clase (sindicatos, partidos, asociaciones, etcétera) y que por lo menos es posible, virtualmente, definir una perspectiva y desarrollar formas de conciencia social que expresan esta posición estructural.”*

Para la comprensión de este original panorama social no basta entonces con agregar al marco de las fuerzas sociales tradicionalmente reconocidas (distintas fracciones burguesas, campesinados, clase obrera, pequeña burguesía, clases medias etcétera), un nuevo sector amorfo pero más o menos reconocible por eliminación: los sectores urbanos insuficientemente inte-

* Fernando Enrique Cardoso, *Sociologie... Op. Cit.*, p. 57. Por otra parte nos dice Weffort “las clases populares son en rigor un conglomerado en que entran grupos de la pequeña burguesía de la ‘baja clase media’ y principalmente amplios sectores de la clase obrera en formación. Tienden a disolverse en la ‘masa’ entendida como un conglomerado relativamente amorfo de individuos vinculados entre sí por una sociabilidad apenas periférica”, Fernando Enrique Cardoso, *Sociologie... Op. Cit.*, p. 33.

grados. En la medida en que en cualquier sociedad que se les mire, las clases sociales nunca podrán ser definidas en tanto tales, es decir, por ellas mismas, sino que siempre lo serán por el universo de relaciones sociales que establecen a su alrededor; y, en la medida en que, como hemos visto, el impacto de los nuevos sectores en la escena social es de una gran magnitud, quedará lógicamente redefinido de una manera muy profunda el estado de las relaciones sociales: Por lo anterior debemos entender que las formas de participación, de alianzas, de acción, de organización, de conflictos y aun las formas de entender y de plantearse el cambio social por parte de las fuerzas sociales parecen empujarnos al empleo de esquemas muy elásticos y en ocasiones poco respetuosos de los moldes clásicos de la lucha de clases.

A) *La clase obrera*

Tomemos el ejemplo de la clase obrera: un tal estado de relaciones sociales implica en primer lugar un debilitamiento al interior: en su grado de identidad como actor colectivo. Implicará en consecuencia un desbordamiento de los marcos de acción y de organización que caracterizaron a esta clase hasta un momento dado; momento referido por algunos autores como el período heroico o momento de las huelgas salvajes anteriores a los años treinta. “Se produce, —nos dice Faletto—, una separación notoria entre esta masa no calificada y el grupo de obreros con mayor experiencia en el desempeño de sus tareas, que además poseen una cierta tradición industrial.

“Esta separación con toda seguridad repercute en la orientación del movimiento obrero mismo. No se comparten los mismos valores y aun se llegan a distinguir intereses distintos. El grupo de mayor calificación, que en el caso europeo formaba a menudo la ‘avant-garde’ del movimiento obrero, en América Latina no encuentra a menudo posibilidad de comunicación con las nuevas masas; y en algunos casos tiende, casi de un modo inconsciente, a formar una ‘élite’, preocupados por mantener una situación de privilegio que aparecía como amenazada por la presencia masiva de estos nuevos grupos.

“Por otra parte se da en muchos casos entre los nuevos sectores obreros una cierta permanencia de lazos con la vida agrícola, a través de relaciones familiares o de otro tipo, y por consiguiente, a menudo, como lo han mostrado algunas investigaciones empíricas, se considera el trabajo industrial como una situación transitoria, que permite reunir el dinero suficiente para comenzar de nuevo su anterior actividad en mejores condiciones. No implica lo señalado, que el proyecto de retorno realmente logre llevarse a cabo, pero lo importante es lo que significa tal tipo de actitud. Determina que, a consecuencia de ella, permanezcan tales obreros muy marginales al medio industrial al cual ingresan, (no a la vida urbana...), que muestren además un débil interés por determinados aspectos

de los problemas colectivos del trabajo y, muy en especial, de la acción obrera.”*

Pero, como hemos dicho en otras partes, una clase, un sector o una fuerza social (la clase obrera por ejemplo) no necesita en ciertas circunstancias tener un grado de identidad muy elevado para poder devenir un movimiento poderoso. En muchas ocasiones más que buscar al interior del actor colectivo las causas de la identidad y de la comunidad de acciones intereses u orientaciones, hay que mirar al exterior, porque puede ser que la existencia de un *adversario* común, una clase tradicional fuertemente dominante y tradicionalista pueda convertirse en un principio de asociación transitoria de grupos heterogéneos suficientemente poderosa para provocar cambios de importancia que puedan dar paso a un nuevo campo de acción histórica: que dejen atrás una época, un estado de las relaciones sociales.

Ahora bien, si hacemos esta advertencia es para mostrar que tampoco las cosas lograron conjugarse en este sentido después de la relativa crisis de la economía hacia afuera en los países a que ahora nos referimos.

Incluso ahí donde la clase obrera logró los más altos niveles de homogeneidad (dentro del cuadro original descrito) como fue el caso Argentino,** el adversario de clase siempre apareció difuso, diseminado entre una oligarquía retardataria del desarrollo industrial moderno y un patronato que, al final de cuentas, no constituía la fuerza social más negativa, o en otros términos la más abiertamente beneficiada en un tal esquema

* Enzo Faletto, *Op. Cit.*, p. 10.

** Las razones de esta diferencia relativa se explican, en primer lugar, por el tipo de economía primario-exportadora ganadera que, como dijera Alain Touraine tuvo el particular efecto de poner en un lado las vacas y en otro los hombres, es decir tuvo el efecto tanto en Argentina como en Uruguay de haber impulsado una fuerte urbanización desde un principio (para 1925 la población empleada no agrícola en Argentina era ya de 68% mientras que la brasileña era sólo de 32% y la mexicana de 30%) y al mismo tiempo, lógicamente, un sector empleado en la manufactura menos débil que en el resto de América Latina (1925: Argentina 20%, Brasil 12%, México 11%). En segundo lugar, las organizaciones obreras argentinas, por el fuerte impacto de la inmigración europea se han mostrado más capaces para mantener una autonomía relativamente más alta a través de un poderoso sindicalismo.

Tal sindicalismo encuentra su principal punto de apoyo en el hecho de que la Argentina no puede ser calificada precisamente como un país con oferta ilimitada de mano de obra. La fuerte corriente corriente de inmigración extranjera compite con la relativamente débil migración campo-ciudad en la explicación del crecimiento urbano; es más, según Tulio Halperin “desde 1945 había en la Argentina pleno empleo” (*Historia Contemporánea de América Latina*, Alianza Editorial, Madrid, 1969, p. 392). Pero ni siquiera este ejemplo quedó excentado de los efectos propios de la “situación de masas” que golpearon sus bases o de los efectos de la incorporación de sus aparatos dirigentes a la política populista de la época.

social de desarrollo como lo ha mostrado Octavio Ianni.* Al hecho de no haber sido capaz la burguesía industrial naciente de imponer de manera clara sus intereses ni frente a los sectores tradicionales ni frente al Estado por lo menos hasta los años sesenta, habrá de sumarse la nueva difracción capital nacional-capital extranjero que hará aún más oscuro el campo del conflicto y poco nítida la imagen del adversario, si vemos la cuestión desde el punto de vista de la clase obrera (y que entre otras cosas acentuará la diferenciación dentro de la clase obrera misma por las condiciones relativamente privilegiadas que caracterizan a los grupos obreros empleados en las industrias por lo regular monopolistas con fuerte control del capital extranjero).

En fin, no hagamos ya referencia al subproletariado, población marginal o habitantes de las zonas suburbanas, para dar la medida de complejidad o por lo menos de la especificidad de las relaciones sociales en que se efectúa este tránsito. Recordemos solamente que si la fuente de heterogeneidad y parcelamiento de los sectores populares argentinos no viene tanto de la presencia desmesurada de la masa marginal como es el caso en general de América Latina, ello no quita que la población empleada en la manufactura representara solamente el 23% en 1950 en un país cuyas ciudades alojaban ya el 64% de la población en la misma época.**

Hay pues incluso en este caso extremo, suficientes fuerzas en las relaciones internas y externas que caracterizan a la clase obrera, como para permitirnos rechazar un marco que intente concebirla en los términos clásicos.

* "En el transcurso de la política de masas, la clase obrera fue conducida mucho más a luchas contra los enemigos de su enemigo. En esa época las luchas contra las oligarquías latifundistas y el imperialismo fueron colocadas en primer plano. Lo que significaba una lucha principal para la burguesía industrial interesada en el mercado interno, también era considerada como una lucha principal por el proletariado. Las organizaciones y liderazgos políticos de izquierda lo llevaban a ese compromiso mutilador o enajenante. En consecuencia, cuando su enemigo (la burguesía) se vuelve contra él, el proletariado no está preparado para reaccionar políticamente. Se sorprende frente a sus propia 'confusión' ante diferentes enemigos. Se sorprende frente a la alianza entre su enemigo principal (o aliado de ayer) y los enemigos de sus enemigos", Octavio Ianni, "Populismo y Relaciones de clase", en *Populismo y Contradicciones de clase*, Gino Germani et al., Serie Popular ERA, México, 1973, p. 116.

** "A partir de 1930 las migraciones internas pasan a ser más importantes que las venidas del exterior. El éxodo rural, gigantesco, se produce sobre todo en dirección de Buenos Aires donde no existe ninguna estructura que facilite la integración de los inmigrantes a la ciudad. Es así como aparecen los 'descamisados', esos marginales que constituirán la primera base popular del peronismo." Dominique Fregosi, "L'Echec du Peronisme", *La Nef*, Paris, Janvier 1972, p. 8.

B) *Los sectores medios*

Además de esto, y si se mira el comportamiento de los sectores medios, entendidos éstos como grupos virtualmente preparados para catalizar y dar sentido a los movimientos populares al grado de transformar el orden vigente, tampoco ellos mostraron en ningún momento una mínima coherencia y continuidad en este sentido. Las clases medias susceptibles de una tal influencia en verdad constituyeron grupos bastante privilegiados (estudiantes, profesionistas liberales y de tipo técnico, burocracia pública y privada, militares, etcétera), mucho más interesados en aumentar su participación en las decisiones políticas que en transformar el orden social que constituía la base de su cada vez más sólida posición. En estas condiciones cuando se hace referencia al ascenso de las clases medias en América Latina en esta época, es bueno siempre tener en cuenta que tal connotación se refiere a ciertas capas bastante privilegiadas en la escala social y no tanto a la imagen de consumo masivo que este concepto conlleva cuando se le emplea a propósito de la sociedad industrializada o sociedad de consumo (sobre todo si no se centra tanto la atención en los países de inmigración masiva como Argentina y Uruguay). En los países más desarrollados de la región y también en aquellos donde la inmigración tuvo un peso masivo, aparecerá ciertamente, en los últimos decenios, un importante sector con estas características que vendrá a complejizar aún más el esquema de relaciones sociales, y que puede ser denominado como sector de clase media en sentido estricto, pero en lo que ahora nos ocupa las siguientes notas de Francisco Weffort nos parecen de un valor explicativo central al hacernos ver que “los movimientos de clases medias capaces de abrir la crisis política del orden vigente y por tanto de afectar su equilibrio de conjunto, serán con todo incapaces de ir más allá de la esfera política en donde nacen. En esto se encuentran algunas de sus más conocidas limitaciones. Es sabido que en Brasil como en Argentina las clases medias tuvieron que mantenerse al nivel de una reivindicación de participación: reivindican el voto universal y secreto, la moralización de las costumbres políticas, en fin medidas para hacer efectivas las tendencias liberales democráticas inscritas en la propia legalidad oligárquica pero no consiguen formular una perspectiva propia en relación al proceso de producción. Por otro lado, *su postura política oscila siempre entre la línea insurreccional de rechazo radical de las instituciones políticas... y las alianzas con los grupos de la oligarquía que conducirán a una perspectiva de ‘modernización’ institucional y que inevitablemente conducirán a la frustración de sus perspectivas originales de transformación de las estructuras políticas.*

“Estos sectores se encuentran en posiciones semejantes en las estructuras sociales de ambos países: posición ‘intermediaria’ entre las élites dominantes, de las cuales en última instancia dependen, y las grandes masas populares.

"Rotos, por lo menos parcialmente, los patrones oligárquicos en favor de las reivindicaciones liberal-democráticas de las clases medias, se desequilibra la tradicional y contradictoria unidad que había asegurado durante decenios la hegemonía de las clases agrarias. Pero las clases medias, no obstante haber sido capaces de asumir algunas fracciones de poder, no tuvieron ni la perspectiva ni la fuerza para substituir por un orden político conformado a sus principios e intereses aquel que las clases agrarias habían sólidamente establecido por varios decenios. Ni aun después de la crisis económica de 1929 que alcanzó las propias bases sociales del 'antiguo régimen' esta sustitución fue posible." *

El hecho fundamental señalado por Weffort, es decir, la postura política oscilante entre el rechazo radical y la perspectiva institucionalizante que conlleva al mismo tiempo la pérdida de continuidad, no solamente va a caracterizar las actitudes de las clases medias. Ello expresará de hecho el comportamiento político de los movimientos populares a todos los niveles, de la clase obrera ** y de las distintas alianzas entre éstos que habrán de marcar en forma muy específica el largo período populista y en general los mecanismos del conflicto social en estas situaciones de capitalismo tardío.

XIV ANTE LA DEBILIDAD HEGEMÓNICA: EL RECURSO AL ESTADO

Y es que un tal estado de heterogeneidad, parcelamiento y hasta podríamos decir enrarecimiento (con respecto a los moldes clásicos) de las fuerzas sociales, provoca un tipo de relaciones y mecanismos políticos en el que para lograr la participación, para hacer oír su voz, cada actor colectivo más o menos diferenciable pasa fácilmente de las acciones radicales de ruptura que por las condiciones descritas resultan sumamente localizadas y de envergadura poco amenazante, a las alianzas policlasistas.

Por medio de estas últimas al mismo tiempo que se busca un fortalecimiento se acaba por desvirtuar el proyecto original y la continuidad de la acción. Y es que, además, en cualquier circunstancia se vuelve claro que sin el recurso al control o a la simple audiencia de los aparatos políticos o, en última instancia, sin la consideración y el reconocimiento por parte del Estado, dichos movimientos corren el riesgo no sólo de la represión, lo que de todos modos regularmente ocurre en los momentos de radicalismo, *** sino aún más, de la inanición y la desarticulación en el mediano

* Francisco Weffort, *Clases Populares e...*, *Op. Cit.*, pp. 55, 57 y 60.

** A este respecto véase: Gino Germani, *Política y Masa*, y Enzo Faletto, *Op. Cit.*, p. 28 en adelante.

*** Como el alzamiento comunista de 1935 en Brasil dirigido por el antiguo 'tenentista' Luis Carlos Prestes. "Los problemas que afectan la estabilidad del poder revolucionario (el nacido de la revolución de 1930 y personificado por Vargas) no surgen

plazo a consecuencia del parcelamiento y la velocidad con que se operan las transformaciones sociales en una tal situación de tránsito acelerado. No se trata pues, en definitiva, de fuerzas sociales suficientemente poderosas por sí mismas para mantener una acción, una organización y un proyecto ideológico con una mínima coherencia o con modificaciones paulatinas y calculadas en una trayectoria más o menos continua. No es fácil por tanto mantener ese mínimo de identidad que en otras condiciones constituye la conciencia de clase o da paso a ella más fácilmente.

En estas condiciones, más que poner en crisis el orden existente modernizan o si se quiere, tienden a adecuar el sistema institucional o político y lo preparan mejor por lo menos durante un largo período, frente a las nuevas exigencias de la escena social a que da paso la crisis de la hegemonía oligárquica.*

Por otra parte la nueva época, principalmente a partir de los cuarentas, no dará pie ni con mucho a una situación en donde los regímenes políticos o las formas de dominación pudieran ser definidas como un adversario claro o un punto concentrado contra el cual dirigir la acción y capaz de alentar un sistema de alianzas entre clases, grupos, fracciones, o masas populares en general: esto es cierto sobre todo si se tiene en cuenta el cerramiento elevado del "antiguo régimen".

Indudablemente hay aún otro elemento que engloba y que ayuda a dar cuenta de esta situación: la masa y en especial los sectores sub-urbanos, empleados en el sector terciario o servicios periféricos e incluso los "obremos de origen agrícola", en tanto están caracterizados por una baja identidad o cohesión horizontal y en tanto les resulta casi imposible la cons-

solamente de los conflictos con la oligarquía. Los sectores de la clase media nacionalista y antifascista y parte de la clase obrera se agrupan bajo el liderazgo de Luis Carlos Prestes en la Alianza Nacional Libertadora que reivindica contra Vargas y contra las oligarquías la formación de un 'gobierno popular nacional revolucionario'...", Francisco Weffort, *Clases Populares e...*, Op. Cit., p. 106.

Los actos de los 'tenientes' "nunca pudieron superar radicalmente y con eficacia los límites institucionales definidos por los grupos dominantes, sus acciones más radicales emprendidas en general por militares jóvenes de los cuales la Columna Prestes constituye el ejemplo más brillante tienden, obligados por la desesperación social, a la negación romántica de la sociedad establecida y pierden toda su eficacia; el logro de una mayor eficiencia sólo se consigue con desmedro del radicalismo, puesto que aquella sólo subsiste en los marcos institucionales definidos por una estructura social y económica de la cual dependen estos sectores en definitiva y con la cual se solidarizan cuando consiguen ser realistas en su acción". Francisco Weffort, "Estado y Masas en Brasil", Bs.As., Marzo 1965, p. 56. *Revista Latinoamericana de Sociología*.

Por supuesto que todas estas afirmaciones son válidas dentro de un cuadro esencialmente urbano en donde, por lo demás, se juegan las situaciones más definitivas de la transformación referida. Distinto será el caso de ciertos movimientos mineros, campesinos o de asalariados agrícolas en estos y otros ejemplos latinoamericanos en donde el campo del conflicto adquiere otro carácter. Incluso allí en donde se instala un complejo industrial en una región fuertemente rural.

trucción de organizaciones propias, (entre otras cosas por el sentimiento que en estos grupos priva de encontrarse sólo de paso o transitoriamente en esa situación), son sumamente sensibles a la integración vertical, a la búsqueda de influencia con aparatos, grupos o individuos que se encuentran en el centro del poder o dispuestos a aceptar cualquier relación que estos les puedan brindar.

En cualquier circunstancia ellos tienen todo que ganar en ese tipo de "integración". El caudillismo, la figura del líder carismático a la que se agrega la solidaridad afectiva propia del reciente pasado rural, contribuyen en la comprensión de las relaciones de "paternalismo" que han cobrado tanta importancia en los análisis del fenómeno populista. "Aparecen estos caudillos como la posibilidad de transformar realmente las condiciones que determinan la situación de vida de los sectores populares, sobre todo si tenemos en cuenta la ausencia de partidos políticos que realmente hayan podido canalizar esta necesidad de cambio."*

En resumen, lo que parece evidente en todos los casos de capitalismo tardío pero de manera más fuerte en las "situaciones de masa", es la marcada predominancia de la "sociedad política" sobre la "sociedad civil" en todos los mecanismos de la dinámica social o, en otros términos, la fuerte orientación hacia la esfera del Estado, hacia el control de ciertas parcelas de poder a este nivel o simplemente de su audiencia, de su "benévola" consideración como contraparte sin la cual toda acción social, por su mismo carácter diversificado y parcelado, no encuentra la fuerza para inclinar a su favor los beneficios del desarrollo global o la historicidad (o por lo menos para que no le sean tan adversos).

En el capitalismo tardío premonopolista esta orientación hacia lo político tiene la fuerza de clase para plantearse en términos de toma del poder, se constituye en los moldes más clásicos de la lucha de clases revolucionaria. Las posteriores situaciones o "situaciones de masa" no logran esa autonomía de clase (en su organización y su proyecto) y lo que hasta ahora han mostrado es, digámoslo así a falta de conceptos, su carácter "reformista" o "modernizador".

Las dos situaciones se encuentran pues cargadamente orientadas hacia lo político (a diferencia de las sociedades capitalistas centrales u originarias) pero en el caso más reciente se trata más bien de una incorporación a lo ya dado que de una toma del poder para orientar a una sociedad hacia una vía de desarrollo cualitativamente distinta (recuérdese que nos estamos refiriendo a las situaciones de mayor complejidad o diversificación: los países más desarrollados de América Latina o las situaciones urbano industriales más avanzadas, en tanto lo urbano reúne también el centro del poder y el lugar del Estado. Pueden resultar distintas, aunque por lo mismo, periféricas ya lo hemos dicho, ciertas luchas sociales campesinas, mineras, de trabajadores agrícolas, etcétera).

* Enzo Faletto, *Op. Cit.*, p. 14.

XV POPULISMO: INTENTO DE REVOLUCIÓN POR LO ALTO

A lo anterior se viene a agregar un elemento fundamental, y es que esta predominancia de la "sociedad política" frente a la "sociedad civil" no solamente se explica por el llamado desde abajo, desde lo propiamente social, a la influencia de los aparatos políticos y del Estado, sino se está, además, en una situación en donde existe una necesidad en el sentido contrario: el populismo es también un llamado, una búsqueda de bases sociales de apoyo por parte de un Estado que intenta colocarse como actor emergente, por encima del bloque de las clases superiores y del parcelamiento de las clases populares.

Podríamos plantear en consecuencia, que el populismo constituye un intento o reiterados intentos fracasados de "revolución desde arriba", intentos de creación de un *Estado fuerte* capaz por su intervento de acelerar las bases de un desarrollo industrial moderno y precipitar a la sociedad global, a través de la movilización y el control de las masas, hacia una cierta coherencia social y política en la búsqueda de tal objetivo.

"Los militares han justificado su intervención de 1943 —nos dice Dominique Fregosi refiriéndose a la logia de oficiales que reconocía la inspiración del coronel Perón— por la inquietud de terminar con la corrupción gubernamental. En el fondo ellos buscaban poner fin a la ineficacia de los partidos y de la clase dirigente. Una voluntad sobre todo ha animado el golpe: instaurar un Estado fuerte, apto para asegurar el desarrollo económico en la paz social." *

Igualmente en Brasil vemos cómo Vargas, después de haber pasado por algunos años de inestabilidad que afectaron su capacidad de acción (después de la victoria sobre la oligarquía paulista en 1932, sobre la Alianza Nacional Libertadora y la insurrección comunista de 1935) "en el golpe de Estado de 1937 proclamó el *Estado Novo*, cuyas instituciones eran descritas en una constitución que oportunamente sería sometida a aprobación plebiscitaria (la oportunidad, sin embargo, estaba destinada a no llegar nunca). La nueva constitución acentuaba los rasgos corporativos, aumentaba el poder del presidente frente al Congreso y disminuía fuertemente el de los estados frente al gobierno federal. De hecho la dictadura de Vargas iba a funcionar durante siete años sin constitución alguna, con prohibición de partidos políticos disolución de todos los cuerpos legislativos y reemplazo de los gobernadores estatales por agentes del propio Vargas... completando el aparato policial con otro de censura y propaganda más elaborado de lo que era habitual". **

Aquí vemos más claro que en ninguna otra parte, lo que con gran oportunidad hacía notar Alain Touraine en una de sus conferencias: "un golpe

* Dominique Fregosi, "L'Echec du Peronisme", *Op. Cit.*, p. 7.

** Tulio Halperin Dongui, *Op. Cit.*, p. 381.

de Estado no demuestra más que la incertidumbre por crear el Estado de un golpe”.

Ante la notable crisis de hegemonía al nivel de las fuerzas sociales por la que se caracterizará el largo y en algunos casos inacabado período posterior a los años treinta, es lógico postular la apertura de un margen de acción en el juego político que vendrá a ser llenado por el Estado emergente y que le otorgará una relativa autonomía. Populismo y dictadura se confunden y oiremos hablar indistintamente del populismo de Vargas o de la dictadura varguista, del regreso al constitucionalismo a la caída del primer período de Vargas pero también de los progresos en la participación de las masas en la escena política y de los avances efectivos en la democratización durante su período. Lo que parece ser verdad si se mira a una cierta distancia los varios momentos del populismo es el esfuerzo reiterativo de crear un Estado fuerte, al mismo tiempo que la imposibilidad para lograrlo por este camino. Así lo que hubiera sido más urgente se volvió lo menos posible (al menos todo el tiempo que se intentó echar mano para ello de la movilización de los sectores populares).

Pero vayamos por partes. De acuerdo con lo hasta aquí argumentado nos parece conveniente mantener el término populismo para dar cuenta de estos procesos de la vida política en los países latinoamericanos que logran de manera más acabada, o menos defectuosa si se quiere, una incorporación del modo de producción capitalista en sentido estricto. En efecto no resulta útil tratar de fundir el fenómeno populista dentro de otros procesos en que, si bien se hace referencia al mismo pasaje, la composición de las fuerzas en términos de relaciones sociales resulta completamente distinta. En situaciones como éstas, esforzarse por generalizar los distintos casos históricos bajo un mismo molde como sería el bonapartismo, el cesarismo, etcétera, conduce mucho más a un oscurecimiento de lo analizado, que no a lo contrario. Y es que se tiende a pintar con un mismo color la fuente más rica de la comprensión de nuestras especificidades históricas: el particular estado de relación de nuestras fuerzas sociales. La tentación es grande puesto que además existen ejemplos históricos de respaldo que permiten una gran elasticidad en esta operación generalizadora.

La historia de Francia se ha tomado siempre como una referencia inmediata o como un transfondo de validación en última instancia. Ello no responde solamente al hecho de que Marx y Engels hayan participado y escrito en detalle como también lo hizo Gramsci sobre numerosos pasajes de esta historia, sino además porque el desarrollo social y político francés constituye una especie de encrucijada de la historia del capitalismo: en efecto, Francia parece encontrarse a la mitad, incluso geográficamente, entre el Centro de las instituciones estables, y el Este y el Sur de las rupturas violentas y de las revoluciones. Por momentos se puede, a través de ella, ejemplificar el triunfo abierto de la democracia burguesa

y de su hegemonía mientras que en otras situaciones parecería privar el fortalecimiento y la "razón del Estado", o bien, podría decirse que ahí se presencia al mismo tiempo que el ascenso constante de la moderna clase industrial y dirigente, la larguísima permanencia de las clases tradicionales fuertemente dominantes. Claramente participe del centro originario capitalista por la industrialización de ciertas regiones también pareció ser arrastrada, por el Sur y por el Este, en sus semejanzas con los que vendrían más tarde, pero también se mantuvo siempre como la mejor proveedora de la comprensión universal del desarrollo capitalista por pertenecer un poco a todo. Es en fin la patria de las más grandes revoluciones y de los más paulatinos cambios; en donde se tiene la impresión de que habiéndose roto con todo se ha sabido permanecer con cada parte: burguesía montante, clases terratenientes y aristocracia, irrupción de sectores populares, clase obrera, campesinado parcelario, Estado, clases medias, pequeña burguesía de tendejón, todos parecen tener un lugar glorioso, o no tanto, pero de cualquier manera importante en la explicación de lo allí sucedido y, por extensión, de la historia del desarrollo social y político del capitalismo. Para Poulantzas, en la generalización más osada, el bonapartismo, una vez separado de su referencia histórica precisa, constituiría la esencia más profunda del Estado capitalista y el resto de las situaciones históricas a su alrededor pueden ser calificadas como "Estados de excepción".

De ahí que aunque parezca un contrasentido, o lo sea de hecho, el caso francés sea tan bueno conocerlo como evitarlo o, en última instancia, no echar mano de él para tratar de demostrar lo que se nos venga en gana.

Como quiera que sea, el proceso se desarrolla dentro de un marco de "relaciones de clase" y, aunque en forma menos contundente que en Inglaterra o en Estados Unidos bajo la hegemonía de una de ellas. Si hemos podido ser en algo claros no es esto lo que sucedió en los casos de capitalismo tardío en la etapa monopolista.

También se ha querido ver en el peronismo o en el varguismo una cierta semejanza con el tipo fascista de Estado emergente. Esto puede responder a la relativa autonomía de los Estados populistas, al corporativismo y control del sindicalismo y a la movilización de los sectores medios y populares. En fin, a una manipulación del nacionalismo como ideología cohesionadora y de legitimación que logró en un momento dado imprimir cierta coherencia al proceso, (sin olvidar que deben haber habido importantes influencias de forma derivadas del paralelismo cronológico de ambos procesos históricos).

Llamado a las clases populares, nacionalismo y aceleración del desarrollo industrial o desarrollismo, constituyen como lo ha mostrado Vasconi una tríada que marca algunas situaciones más o menos precisas de la historia latinoamericana en estos países a las que no hay razón para no calificar como situaciones populistas.

Sobre esto no podemos detenernos mucho, es un aspecto ya bien ana-

lizado del proceso populista. Digamos únicamente que en efecto, los mejores momentos de fortalecimiento del Estado, de mayores márgenes de autonomía, coherencia y distanciamiento con respecto a las fuerzas propiamente sociales, fueron aquellos en donde el ascenso en la participación de amplios sectores sociales se combinó con un periodo económico favorable, con la existencia de recursos para otorgar un alto grado de efectividad al proyecto desarrollista.

Sabemos bien que la guerra y después el episodio coreano significaron una fuerte suma de divisas pagadas a América Latina por la intensificación de sus exportaciones de productos primarios, que la caída en la importación de manufacturas dejó un campo abierto y aceleró la industrialización por lo que un efectivo proteccionismo no fue difícil de instaurar; sabemos en fin, que se abrió una época de libertad política, de neutralidad ante los bloques beligerantes, de un relativo recogimiento o integración soportada y conducida por el fortalecimiento de la ideología nacionalista y del colaboracionismo de clases. Todo ello permitió jugar con la idea de una verdadera construcción del Estado nacional popular y con la idea de superación sostenida hacia la sociedad industrial capitalista (por más que Estado popular e industrialización capitalista resulten incompatibles).

La coyuntura parecía ser bastante bondadosa como para mantener: a) "un aumento real —aunque moderado— del nivel de vida obrero" y abrir, para la masa en general, el sentimiento de ser considerada en las decisiones y la expectativa bastante real de mejoramiento material; b) permitiendo al mismo tiempo al Estado la libertad (que favorecía directa y aceleradamente a la burguesía industrial en ascenso) de definir su política ante las masas trabajadoras en los siguientes términos: "el porvenir del país será industrial o deberemos resignarnos a ser un país semi-colonial. Una sola consigna para lograrlo: ¡ Producir ! ¡ Producir ! ¡ Producir !" *

Por esa vía el Estado seguía atentamente la buena marcha del desarrollo industrial, invirtiendo cuantiosamente en la infraestructura que ello requería; creando instrumentos para el control de las exportaciones y reorientando así las divisas que éstas procuraban, hacia las necesidades del nuevo esquema urbano-industrial; nacionalizando, en fin, y con indemnizaciones que no podían disgustar a sus propietarios, las empresas estratégicas para asegurar un buen grado de control nacional y costos moderados de un tal proceso. Y, aún más c) todo ello no tocando más que periféricamente a los grupos primario exportadores y al sistema de propiedad agraria o bien, en el colmo de la bonanza, pero también en su

* En lo que se refiere al Brasil véase Tulio Halperin Dongui, *Op. Cit.*, p. 385. En lo que a Argentina se refiere "el alza de los salarios reales de empleados públicos entre 1945 y 1948 se estima en un 35% y el de los ingresos reales de obreros industriales en un 50%. Ambos incluyen grandes aumentos de los beneficios de seguridad social..." E. Eshag y R. Thorp: *Los planes de estabilización de la Argentina*, Ed. Paidós, Bs.As., 1969, p. 75, tomado de Mónica Peralta, *Op. Cit.*, p. 111.

ocaso, "el gobierno garantiza las ganancias de plantadores y exportadores... a través de la formación de existencias generosamente pagadas", * o en Argentina "a partir de 1950..., alentando mediante nuevas relaciones de precios internos la producción primaria para la exportación". ** En verdad el único sector no beneficiado, y no por ello insignificante, fue el campesinado pero es claro que lo fundamental se jugaba en otra parte.

Ganancias aseguradas para la burguesía industrial, elevación del nivel de vida de la masa trabajadora, clases medias en consumo ascendente, conservación de la estructura de propiedad agraria y más tarde financiamiento a las exportaciones, y todo ello manteniendo un cierto margen de maniobra y fortaleza estatal, de popularidad, control de masas, legitimidad apoyada en un antiimperialismo cohesionador y en un proyecto de desarrollo hecho con recursos nacionales; no podía ser más que la ilusión de un momento.

Nuestro esfuerzo debe consistir en encerrar bien en el tiempo esta excepción, en no querer caracterizar con esa corta grandeza períodos más amplios que en verdad no tienen mucho de extraordinario: *** al pueblo argentino le quitaron la ilusión demasiado pronto y se quedó obsesionado con el espejismo.

Crecimiento implicará en donde quiera fuerte explotación de amplios sectores sociales, incluso allí donde impera la hegemonía y el proyecto de una clase dirigente o del Estado. ****

Lo importante sin embargo es que, en otras condiciones, un período de esta naturaleza en donde un actor emergente intenta una "huida hacia adelante", un asalto y una aceleración del proceso de desarrollo, podría haber redundado, por mínimo que fuera, en un fortalecimiento en la hegemonía de una clase moderna nacional. No fue este el resultado, porque como ya lo hemos visto, lo propio del desarrollo capitalista tardío en la etapa monopolista es la redoblada permanencia e incluso refortalecimiento, en una coyuntura parecida, de la producción de bienes primarios para el centro del sistema y, por supuesto de los grupos que organizan,

* Ruy M. Marini, *Subdesarrollo y Revolución*, Editorial Siglo XXI, p. 35.

** Tulio Halperin, *Op. Cit.*, p. 393.

*** Sin olvidar, no obstante que nos encontramos en una "situación de masas" que no puede ser reducida a esta coyuntura.

**** Aunque con lo anterior se está muy lejos de querer dar a entender que durante el período en cuestión no se hubiera seguido apoyando la acumulación sobre el trabajo interno no pagado sobre todo en lo que hace al sector campesino y obrero. Hablamos, pues, en términos relativos para mostrar como, pasada la coyuntura, internacional, es sobre esta dimensión interna que se sustentará el desarrollo y por supuesto el intercambio comercial desfavorable que vendrá inmediatamente. Del estado de la estructura de explotación agraria, del grado de organización de las clases trabajadoras, de la oferta limitada o ilimitada de mano de obra que permita defender mejor o no las reivindicaciones salariales y prestaciones sociales y, en fin, de acuerdo con los márgenes de imposición de sacrificios que el Estado pueda

usufructúan y controlan tal proceso. Además, y esto sí es insalvable, la naciente burguesía industrial entrará en un complicado sistema de alianzas que le impedirán su realización como clase hegemónica y su coherencia ideológica como clase dirigente: la capacidad para imponer su ideología como proyecto predominante dentro del modelo cultural, de lograr algún grado de consenso en torno a él en tanto proyecto global nacional. Por una parte alianza reaccionaria, en tanto la desarticulación del sistema de propiedad tradicional podría provocar no sólo una movilización popular susceptible eventualmente de amenazar el orden de explotación privado a todos los niveles, pero incluso sin ir tan lejos, provocar un caos económico en el momento más inoportuno vedando transitoriamente al país de los recursos financieros indispensables para la importación de tecnología, de materias primas y de los bajos costos de reproducción de la mano de obra que el proceso de industrialización exige. Por otra parte, alianza extranacional inevitable, en tanto la composición orgánica del capital está determinada al nivel del sistema mundial capitalista y la ganancia del inversionista privado en cualquier lugar del globo está en función del aprovechamiento de las nuevas técnicas.

Pero lo que importa aquí es que por esta lógica la burguesía quedará desarticulada en todas direcciones y profundamente dividida en su propio seno (nacionalistas vs. burguesía asociada, mediano capital contra gran capital monopolista, etcétera).

No podrá superar además, una imagen y una crítica que la señala como la causante directa de la destrucción de la bonanza y perderá su papel como *clase dirigente nacional*: esa especie de destino manifiesto que acompañó en otro momento a la burguesía revolucionaria.

Nos encontramos así después de un cuarto de siglo con sociedades en donde a pesar de las profundas transformaciones no se desembocó ni siquiera en una mínima coherencia para el desarrollo: ni en el nivel social se define la hegemonía de una clase dirigente ni el Estado ha sido capaz de sustituir esta ausencia precipitando a la sociedad hacia un nuevo orden.

imponer en beneficio del desarrollo; dependerá el futuro del crecimiento pasada la coyuntura, allí y en donde quiera. Factores tales pueden quizás explicar en alguna medida el relativo estancamiento argentino de los años posteriores (en donde la propia caída de las exportaciones responde a un aumento significativo de la demanda en un país cuya población urbana es enorme y cuyos niveles de ingreso permiten un consumo masivo de artículos que en otras condiciones o en otro momento se destinaran a la exportación). "Uno de los elementos que explican el impase de la economía argentina, aparte de las contradicciones entre los distintos sectores de los grupos dominantes, nos dice Labastida, es la presión de las clases obreras por defender su participación en el ingreso" Julio Labastida, *El perfil de México en 1980*, p. 140.

XVI · LA ENORME AUTONOMÍA DE LA ACCIÓN ANTE EL ENCUADRAMIENTO ESTRUCTURAL-HISTÓRICO

Lo anterior no debe conducirnos a un determinismo. También en otras partes como en el caso mexicano la conservación del orden oligárquico de propiedad hubiera permitido, al menos en el mediano plazo, recursos óptimos para asegurar el proceso de modernización económica y, sin embargo, tal orden se vió destruido.

Esto brinda elementos para señalar que la referida autonomía relativa que caracteriza a los Estados populistas no debe ser en ningún momento exagerada. Los intentos más o menos efectivos de "revolución por lo alto" dentro de los marcos capitalistas como lo fue el fascismo, han necesitado de condiciones sociales muy específicas. Una profunda crisis de la organización social o como dijera Gramsci, una situación de equilibrio catastrófico de fuerzas sociales organizadas se encuentra regularmente en la base del surgimiento de una fuerza emergente capaz de colocarse por encima de lo social y capaz, valga el contrasentido, de "justificar" la imposición de un orden para la fuerza (lo que en una lógica no muy distinta también puede ser el producto de la guerra y de la crisis social real o potencial que toda guerra lleva implícita, o que todo desastre o amenaza de desastre social puede desencadenar). En general es la combinación de ambas dimensiones —crisis interna, amenaza externa— lo que ha dado paso a los cambios más espectaculares desde un campo de acción histórica a otro. De ahí provienen las situaciones de emergencia más definitorias: que sea un gobierno de "Salud Pública", el punto de "non retour" del fascismo, la instauración definitiva de un régimen socialista, etcétera.

Ahora bien, la imposición de un orden en tales circunstancias requiere, por parte del actor emergente, la concentración de una fuerza suficiente como para, al mismo tiempo que colocarse por encima de los intereses inmediatos de la burguesía industrial y destruir o por lo menos desarticular y debilitar el viejo orden de propiedad retardatario, desarticular también, por la represión combinada con cierto mejoramiento o con la apertura de expectativas en este sentido, la organización autónoma de los sectores populares y de la clase obrera en particular.

Sin polarización social, sin descomposición de un modelo cultural globalizador y su reducción a ideologías de clase o proyectos de clase incompatibles, sin un desbordamiento del sistema político o de representación y mediación del conflicto (que lo muestren francamente incapitado); en resumen, sin un peligro real de sustitución del sistema de clases burgués, las bases de autonomía y de fortalecimiento del actor emergente permanecen bastante inciertas.

El populismo y las situaciones sociales que se encuentran en su origen no son el resultado de un tal equilibrio catastrófico. Cuando incluso nos preguntamos por la importancia de las luchas sociales en el terreno efec-

tivo de la acción, *parecería* como si todo se hubiese desarrollado en una calma relativa, abstracción hecha de la movilización y las presiones por la participación de las clases medias que constituyen más bien un antecedente a las situaciones propiamente populistas y que serán agentes exteriores a las masas populares en la conducción del proceso (estudiantes, militares, profesionistas liberales, burocracia pública, etcétera). Sectores estos que, como hemos ya explicado, buscan mucho más una integración en lo ya dado, puesto que de ello dependen, que una alianza y una organización para instaurar un nuevo orden con los sectores que están verdaderamente excluidos y explotados.

De ahí que se pueda afirmar entonces que la polarización antes referida no sea un rasgo precursor del populismo y que los márgenes de maniobra o autonomía relativa del Estado resulten bastante estrechos. Aunque preferiríamos decir: resulta frustrada la profunda urgencia que todo capitalismo tardío pone de relieve: la creación de un verdadero Estado nacional sustituto emergente ante la ausencia de hegemonía en el plano propiamente social, capaz de imponer un mínimo grado de coherencia a la organización social y política para el desarrollo.

Pero si bien nos hemos esforzado por mostrar que todo ello responde al particular marco de relaciones sociales de los países latinoamericanos en cuestión frente a ciertos moldes europeos de lucha de clases, por ningún motivo podemos negar que también las "situaciones de masas" conducen en ciertas circunstancias a crisis agudas de la organización social, a situaciones de un verdadero "equilibrio catastrófico" de fuerzas sociales polares con algún grado de identidad y organización coyuntural. Que tales situaciones no se encuentran en el origen del populismo sino que mas bien llegan a ser el producto de éste es una cosa aún más reveladora:

En efecto, baste con echar una ojeada a los regímenes populistas, sobre todo a aquellos que aceptaron llevar el pacto populista a ciertos niveles de radicalización (Goulart en Brasil, Torres y la Asamblea Popular en Bolivia, y de alguna manera la Unidad Popular Chilena), para constatar que la situación de crisis catastrófica es más bien un resultado final que un punto de partida de estos regímenes.

En todos los casos, sin embargo, las dictaduras militares que han sucedido a las situaciones populistas referidas, no lo han hecho como actores emergentes después de un desencadenamiento del conflicto. Han actuado en forma emergente, es cierto, pero anticipándose a la ruptura, congelando el enfrentamiento.

También en los fascismos, se dirá; hubo un congelamiento parecido de la lucha de clases. Sin embargo las posibilidades de un proceso de revolución por lo alto que las dictaduras en nuestro caso se proponen, se ven frustradas por la ausencia de una movilización de masas, un proyecto ideológico globalizador, y otras causas que tienen que ver con la viabilidad de un desarrollo económico acelerado, que más adelante analizaremos.

XVII SIMBIOSIS ENTRE ESTADO Y MASAS: LOS GRANDES MOMENTOS DE LAS LUCHAS SOCIALES

Pero antes de pasar a los intentos de revolución por lo alto implicados en la emergencia de las dictaduras militares, destaquemos otros rasgos de las situaciones populistas que pueden ser enriquecedores para nuestro objeto de interés.

En primer lugar parece lógico pensar que sin el actor unificador estatal las distintas fuerzas sociales populares nunca se han sabido dotar de los aparatos organizativos capaces de traducir la acción espontánea de las masas o las simples presiones recurrentes, en una acción coordinada. No se está pensando idílicamente en un acuerdo concertado entre clases o sectores por demás heterogéneos que no solo no existe aquí sino en ninguna parte, pero lo que parece claro es que se ha encontrado ausente inclusive una cierta predominancia de la organización y el proyecto de la clase obrera, por ejemplo, que permitiera catalizar alrededor de un eje con cierta autonomía la multiplicidad de manifestaciones en estas coyunturas.

Las causas de esta incapacidad de acción como clase propiamente tal ya las hemos discutido. Pero lo que resulta interesante destacar es que, por la enorme debilidad y reducción cada vez mayores del margen de acción en que va siendo encarcelado, digámoslo así, el propio actor estatal, el proceso conduce a un punto en donde éste (el Estado) no encuentra otra salida que no sea la de intentar un refortalecimiento y una concentración de poder apoyándose y organizado en forma mucho más definida la movilización popular. No hay que olvidar que en la lógica populista por lo menos esta maniobra resulta perfectamente viable.

En aquellos momentos en donde las amplias movilizaciones sociales latinoamericanas han mostrado una mayor coordinación (aunque fuera sólo para definir una situación más favorable dentro del marco mismo del sistema establecido) encontraremos regularmente la combinación: activación espontánea desde abajo — desplazamiento del Estado populista hacia sus bases propiamente populares. Pero, digámoslo más explícitamente, los momentos de conjugación entre:

a) "Situación populista" cierta participación o consideración de las clases populares en el esquema de gobierno: apoyo en ellas y algún grado de compromiso para con ellas);

b) Pérdida de fortaleza o de la relativa capacidad de acción autónoma del Estado populista, que responde por lo regular a un recrudescimiento de las exigencias hacia éste por parte de cada una de la amplísima gama de fuerzas sociales que participan en tal esquema y sobre todo por parte de las clases superiores; (ello implica justamente una concentración de poder en el plano propiamente social y una pérdida del mismo por parte del actor estatal y pone en evidencia que la gran época dorada del populismo requirió de una coyuntura económica muy favorable que permitiera satisfacer, directa o indirectamente a todos, puesto que los pocos sectores

que no se encontraban dentro del populismo corporativo de cualquier manera hicieron oír sus intereses: eran sectores indispensables en tanto aportaban las divisas para la buena marcha del proceso);

c) Activación espontánea desde abajo, desde los amplios sectores, hecha posible por la misma apertura a la participación que caracteriza al Estado populista, y en fin;

d) Desplazamiento del Estado populista hacia sus bases propiamente populares intentando con esta maniobra refortalecer y reconcentrar su poder y su capacidad de acción autónoma;

Los momentos de esta conjugación han mostrado, repetimos, mayor capacidad de acción conjunta por parte de los sectores populares, fortaleza y coordinación suficientes para provocar una crisis de equilibrio social que puede llegar a ser catastrófica; son el tipo de movilizaciones que han amenazado en forma más poderosa con revolucionar el orden establecido y también han sido, hasta ahora, quienes han provocado el fin del populismo.

Justamente porque su identidad y su coordinación les viene de afuera, o más bien desde lo alto, han mostrado también que desaparecido el actor coordinador ellas son incapaces de mantener un mínimo de continuidad y de acción autónoma o en última instancia de defender el esquema político o el tipo de régimen que ha mostrado más abierto a su participación y a sus presiones e impulsado su organización.

Así sucede en 1964 con Goulart (y en otros casos), él organiza a los sectores populares desde arriba, se apoya en ellos, y sin embargo, no por eso el Estado brasileño de 1964 logra concentrar un poder que le permita mayores márgenes de acción.* Esto parece ser lo más trágico en América Latina: apoyarse en los sectores populares, es decir llevar el populismo a sus últimas consecuencias no significa reformar al Estado, parece más bien como si todo lo contrario fuera más cierto: entre más se recurre a las masas populares menos poder efectivo se revela por parte del actor que quisiera colocarse como emergente, como todopoderoso para imponer a la sociedad en su conjunto una marcha orientada en un solo sentido.

Nadie duda de que lo más apreciado sería encontrarnos con una acción de base, con una acción popular más o menos dirigida por una fuerza coordinadora pero también desde abajo como la clase obrera en el más lógico ejemplo, arrastrada por la dirección "calculadora" de un partido de clase leninista y apoderándose del Estado, construyéndolo y fortaleciéndolo, haciendo de él una fuerza autónoma, es decir, independiente tanto de las opciones sin contrapeso del capital y la técnica internacionales como de los intereses particulares o privados de las distintas

* A este respecto véase Ruy Mauro Marini, *Subdesarrollo y Revolución*, Editorial Siglo XXI, México, 1969, en especial: pp. 52-61.

fuerzas sociales interiores: léase distintas clases superiores nacionales o asociadas.

Dejando de lado esta opción, bastante ajena hasta ahora a la realidad histórica latinoamericana, las más osadas experiencias del lado de las clases populares han sido la vía populista de izquierda o reformismo popular. Llámese última etapa de Goulart el ejemplo más tibio, llámese Unidad Popular Chilena el que ha aceptado llevar las cosas hasta sus últimas consecuencias, llámese Torres y Asamblea Popular Boliviana el ejemplo intermedio. El hecho es que en todos casos el símbolo de unidad nacional, aunque precario —el Estado— se ha visto poco a poco envuelto en el marasmo de las fuerzas sociales, cada vez más incapaz para situarse por encima de los acontecimientos. Es fácil criticar y mostrar en una lógica perfecta el fracaso de todo reformismo por más radical que éste pueda demostrarse. Es mucho más difícil explicarlo puesto que él no surge de una idea, de un proyecto optativo desde arriba, sino que es el reflejo de un estado de relaciones sociales y de la necesidad de superarlo. El camino popular que primeramente se ha abierto, ha implicado, por las mismas condiciones de continuidad que lo han precedido, el empleo de los instrumentos y la estructura institucional o política legada por el populismo.

Con la participación de todos o más bien, con el llamado desde arriba a la participación de todos los sectores populares se ha favorecido en forma excepcional el sistema de representaciones, el sistema institucional o político, la institucionalidad como muy claramente lo ha demostrado Alain Touraine, sin que ello haya implicado, sin embargo la exclusión y la imposición completa y autoritaria sobre las fuerzas del *statu quo*.

Lo más importante a retener es que este llamado a la participación popular no favorece, por las condiciones de "masa" a la que hemos hecho referencia, la organización horizontal de base, la organización de verdaderas bases de poder en el plano meramente social. Acción de base que de hecho negaría el origen y el carácter mismo del actor estatal que las moviliza y emite el llamado, en tanto toda acción de base iría en contra de la "legalidad" que representa el único margen de acción de la fuerza superior movilizadora. Encontramos entonces a las fuerzas populares más o menos organizadas u organizadas de una manera en muchos casos transitoria e inestable, orientadas hacia la representación, hacia la influencia y fortaleciendo con ello lo que siempre ha sido el carácter de la organización social y política de las sociedades latinoamericanas: el sistema institucional o político. Situación terriblemente compleja en donde si las masas populares se movilizan de manera efectiva, poniendo verdaderamente en cuestión el sistema de propiedad vigente y por tanto a las clases poseedoras a todos los niveles, ponen al mismo tiempo en peligro la existencia del régimen que les ha abierto tales márgenes de acción.

Por otro lado, en un sistema político abierto a su participación, los sectores populares se encuentra sumamente dificultados para desarrollar

una acción de ruptura incluso espontánea y esto es así por la ausencia misma de un adversario estatal que se presenta más bien de su lado y de un adversario de clase que puede resultar favorecido con el enfrentamiento, con la ruptura de la "legalidad". En estas condiciones la propia acción de masas tiende, en el extremo, a disociarse: por un lado tiende a inscribirse bajo una precaria disciplina y organización en el fortalecimiento de lo institucional que se abre a su paso; por otro lado no se encuentra preparada para aceptar los sacrificios de una estatización o una vía de desarrollo bajo una autoridad impositiva. Mientras el poder económico y político de las clases poseedoras no ha sido eliminado y sigue presentando un peligro permanente, el momento de la racionalización y la imposición del nuevo orden no puede ser anunciado y el apoyo de los sectores populares sigue dependiendo del carácter redistributivista institucionalizante y al mismo tiempo bastante blando propio de la situación populista de izquierda: ya que el origen del populismo no fue una lucha de abierta ruptura, nunca hubo una fuerza derrotada.

Es cierto que cuando este estado de cosas se prolonga, como fue el caso chileno, la indefinición misma del proceso y el grado de movilización permiten el surgimiento de ciertas fuerzas propiamente de base con una organización y un proyecto que tiende a autonomizarse con respecto al actor de unificación estatal. Su apoyo tiende a ser condicionado y están mucho más cerca de la ruptura que de la institucionalidad. Son los sectores que más se asemejan en su acción a las "situaciones de clase" y que tratarán de impedir o salvaguardar a la dirección populista de cualquier solución negociada con las fuerzas predominantes en el "anterior esquema" de dominación y de propiedad. Sin embargo, no fueron los "cordones industriales" de Santiago, penetrados por el MIR que buscaba ligarlos al mismo tiempo con la población marginal, los elementos que lograron imponer una dirección definitoria al proceso. Ellos se vieron fortalecidos en el último período de la Unidad Popular justamente en el momento que Allende trataba de alentar la participación de los militares en el gobierno e intentaba una negociación con la Democracia Cristiana.

A pesar de ello, los contingentes más definitorios de la clase obrera chilena no se encuentran, como se sabe, en las pequeñas o medianas industrias de bienes de consumo sino en las grandes industrias extractivas y han sido tradicionalmente controlados por el Partido Comunista: base de apoyo institucionalizante más disciplinada de la Unidad Popular.

Ahora bien, no obstante encontrarse el caso chileno dentro de la ya referida "situación de masas" y no obstante constatar este integracionismo en el sistema político por parte de las organizaciones populares y obreras, es importante hacer notar que Chile ha vivido las formas de organización popular y de conflicto social que menos se alejan de ciertas situaciones europeas. El Partido Comunista más importante de América Latina apoyado sobre sólidas bases obreras (partido de clase) y una cargada historia de luchas obreras de abierto enfrentamiento lo ha tenido Chile.

También ha sido éste un país de fuerte inmigración europea, de bajo mestizaje y de sobre-desarrolladas clases medias (a expensas de un presupuesto público engordado por los ingresos del enclave minero); rasgos históricos todos ellos que han permitido a estos sectores ejercer una fuerte presión política organizada, un desarrollado juego democrático multipartidista.

Pero hasta aquí las semejanzas, porque todo ello no quita que la fuerte identidad, acción y organización de la clase obrera no se deba a la situación de enclave, y en este caso a la situación propia de la mina que coloca al conglomerado obrero en condiciones casi puras de enfrentamiento.

En consecuencia, nos parece importante subrayar como, en el caso chileno este estado particular de la situación de enclave al combinarse con lo que en cierta medida sería su contrario, es decir, con un sistema político que deja amplio margen a la participación de los desproporcionados sectores medios, ha provocado el siguiente efecto en la acción popular: por un lado una mayor continuidad y permanencia de los sectores populares pero particularmente de la clase obrera (PC) a consecuencia del estado de exclusión; por otro lado una correlación de fuerzas sociales propia de la "situación de masas" y de la presencia de amplios sectores medios, y un juego democrático partidista que empuja a estas organizaciones a buscar su influencia y su representación a través del sistema institucional, sin perder por ello la continuidad de su proyecto, como sí ha sido el caso más generalizado en América Latina.

Situación de fuerte marginalidad, clase obrera con organizaciones propias, clases medias golpeadas por la deterioración económica sufrida desde el período de la Democracia Cristiana y que las precipitan en parte hacia las urnas socialistas y en fin un sistema democrático respetable, permiten una coalición de fuerzas y organizaciones populares aunque bastante heterogéneas, inestables y susceptibles.

Bajo la acción coordinadora y centralizadora de Allende desde lo alto pero siempre dentro de la continuidad institucional y el respeto de las tendencias tanto al interior de la Unidad Popular como al exterior, el proceso conducirá a final de cuentas a la pérdida total de poder y a la incapacidad de acción del Estado por no decir casi a su desaparición. Y es que todo proceso de apoyo en las masas y de movilización implica también, si se le deja correr, una producción de aparatos propios de base que tienden a sustituir al sistema institucional y de instancias de poder que se encuentran al inicio del proceso.

Los grandes partidos que originalmente aseguran la comunicación entre el poder central y las masas son poco a poco orientados hacia éstas tratando de asegurar su fidelidad, compitiendo con las organizaciones más radicales que se forman o se fortalecen en el proceso, pero debilitando con este desplazamiento toda la efectividad de las decisiones del actor ejecutivo estatal. Se vive así una intensa actividad en el plano propiamente social sin que por ello queden rebasados los mecanismos institucionales

(partidos, sindicatos, etcétera) y evitando con ello desembocar en una situación de abierta ruptura.

Al mismo tiempo se presencia un debilitamiento completo del Estado o más bien, su reducción a las exigencias cotidianas de las distintas fuerzas sociales que lo sustentan y de las cuales continúa a pesar de todo siendo el símbolo de unidad. Símbolo de unidad popular no lo es más de unidad nacional o cohesión social y deviene incapaz de imponer disciplina entre su base así como, en consecuencia, de imponer sus decisiones y su autoridad a las fuerzas del antiguo esquema de dominación. El centro de gravedad se desplaza cada vez más hacia la base y la determinación de los acontecimientos se efectúa de abajo hacia arriba tanto al interior de las fuerzas populares como de las fuerzas sociales en general. La planificación es decir la capacidad del Estado de prever su política a largo plazo, desaparece para pasar a depender del acontecimiento cotidiano, de la correlación de fuerzas y de lo inesperado. Guerra civil y desbordamiento definitivo de la encadenante institucionalidad; golpe de estado militar bajo la flaca "legitimación" del regreso al orden; o continuación indefinida de tal estado de cosas en espera de alguna situación nueva, son todas posibilidades abiertas cuando una situación social en profunda ebullición parece al mismo tiempo alcanzar el estancamiento total.*

En fin, es cierto que toda situación catastrófica o cercana a lo catastrófico ya nos coloca de hecho mucho más cerca del corte brusco que de la continuidad, pero es cierto también que cuando en las "situaciones de masa" se ha evolucionado hacia un tal estado de cosas se ha desembocado hasta ahora en un corte desde lo alto (dictadura militar) mas bien que en una ruptura revolucionaria.

XVIII VIABILIDAD DE LA "REVOLUCIÓN POR ALTO"

Lo que resulta más importante a subrayar sin embargo, es que no todo corte o intervención desde lo alto por más que sea el producto de una profunda crisis de la organización social y de una situación pre-revolucionaria redundará necesariamente en lo que aquí hemos referido como una "revolución desde lo alto" (Barrington Moore) o, para emplear nuevamente la alusión tourainiana: no todo golpe de Estado se traduce en la creación del Estado de un golpe aunque ese pueda ser siempre el objetivo.

La dictadura militar brasileña nos vino a mostrar que si bien era una utopía del populismo el querer llevar adelante el desarrollo capitalista con una baja explotación de la masa trabajadora, y apelando a la viabilidad del desarrollo nacional y al antiimperialismo, lo que sí resultaba por lo menos factible era hacer efectivo el elemento más caro del trinomio:

* Para un estudio detallado del caso chileno véase: Alain Touraine, *Vie et Mort de l'Unité Populaire*, Ed. du Seuil, Paris, 1973.

el desarrollo capitalista, sacrificando los otros dos: a las masas y al carácter nacional.

Pero ello mismo implica que para hablar de revolución desde arriba, o en otros términos, para desbloquear un estado de relaciones sociales y dar una solución más o menos coherente y en un sentido a un proceso de desarrollo, se encuentren ya sentadas las bases de la moderna sociedad industrial. Implica además, que ésta, constituye ya el sector eje de la economía por más localizado y excluyente que sea y, en fin, que no se encuentren serios límites estructurales al desarrollo de la industria vuelta hacia el mercado interno en función de la estrechez real y potencial de dicho mercado.

En Alemania, la acción emergente del Estado nazista fue el producto de una crisis social, encontró amplias bases industriales y límites al desarrollo fácilmente remontables, pudo apoyarse en un proyecto de desarrollo nacional autónomo y movilizar a amplios sectores en este sentido. Si sus bases de legitimación no provinieron de los sectores trabajadores y populares, por lo menos los elementos señalados se mostraron capaces de precipitar la situación hacia un estado de relaciones sociales que dejaba completamente atrás aunque por caminos trágicos la larga época de entramamiento e incoherencia social para el desarrollo. Como ya lo decíamos, aquí también se llega aunque por un largo camino lleno de situaciones dramáticas a la hegemonía de una clase y a la relativa homogeneidad propia del capitalismo originario (dejada atrás la larga época de tránsito es el análisis sincrónico de la sociedad capitalista en sentido estricto el que pasa al primer plano de explicación y todo ello ya cae fuera de nuestro objeto de interés).

El Estado brasileño se eleva también como actor predominante de la sociedad a raíz de la crisis de equilibrio en que desemboca el goulartismo, en una época en que la moderna industrialización representa ya una predominante y sólida base, y en un país en donde las expectativas estructurales para el desarrollo son amplísimas tanto en dimensiones geopoblacionales como en recursos. Pero hasta aquí las posibilidades y por ello mismo, la estrecha legitimidad de tal régimen, a pesar de su efectividad desarrollista, su apoyo sobre las clases medias en consumo ascendente y sus aspectos de segregación racial.

Aguda explotación de los sectores trabajadores requerida por el crecimiento acelerado, fuerte exclusión de las masas populares en general, nulas posibilidades de que el proceso desemboque en la creación de una clase hegemónica nacional por lo ya analizado, y estrecho margen de manejo del nacionalismo de no ser al nivel de las clases medias por el efecto de "grandeza nacional" frente a los pueblos débiles que lo rodean, parecen ser todos, elementos poderosos que impiden superar el Estado de represión y encontrar ciertas posibilidades de continuidad institucional para el régimen militar.

Es por ello que no obstante la presencia efectiva del desarrollo capita-

lista que se manifiesta en estos países, sería falso, como ya lo hemos explicado, pensar que el proceso podrá a la larga conducir hacia una consumación o acabamiento de tal desarrollo como sí lo pudo lograr Alemania por ejemplo. No es fácil pensar entonces en ningún tipo de reincorporación de este Estado, que se coloca por lo alto o de este actor emergente, en lo propiamente social. Lo que hasta ahora parece completamente descartado y que es la ausencia de una fuerza social, clase social o actor colectivo nacional capaz de colocarse y lograr una posición dirigente y hegemónica fuera del Estado, vuelve esta opción completamente incierta. Además, la imposibilidad de que este desarrollo capitalista tardío logre un cierto nivel relativo de homogeneización al interior de la formación social nacional, o dicho en otros términos, la enorme desigualdad social y regional, o aun, el desarrollo desigual y combinado (en lo económico pero hasta dualista si se le mira con una perspectiva, sociológica global), que este proceso conlleva exige del Estado una fuerte intervención reguladora tanto redistributiva como represiva que tiende a mantenerlo en una posición de fuerza relativa frente a los actores del plano propiamente social.

Quizás la ausencia de una heterogeneidad tan alta en el caso argentino y, en consecuencia, la fortaleza tan grande en términos de organización y hasta cierto punto de proyecto por parte de las fuerzas, clases y grupos sociales en el período post-peronista, ayude a entender primero, la ausencia de una verdadera revolución por lo alto en este país a pesar de las reiteradas dictaduras militares que se han sucedido desde la caída del peronismo. Segundo, y como resultado de la brutal permanencia, organización y control de ciertas parcelas del poder por parte de las clases tradicionales y como resultado también de la fuerte organización sindical de la clase trabajadora y la importante presión y formas de participación de las clases medias, nos encontramos también con uno de los sistemas institucionales o políticos más impresionantes como fenómeno latinoamericano.

Y es normal que ahí donde subsisten tal cantidad de actores sociales fuertes y organizados en la escena, y en donde la predominancia de alguno de ellos puede ser apenas el producto de complicadas alianzas de clases, se vuelven enormes las presiones hacia la participación, hacia la influencia, hacia el control en alguna forma de la orientación social y cultural del desarrollo. Esta fuerte concentración del poder en las clases mismas, en la sociedad civil, aunado a la ausencia, hasta ahora, de una importante crisis de equilibrio catastrófico (aunque sí se viva permanentemente en un juego político muy inestable y con ciertos momentos de ruptura aunque localizados), podría explicarnos, en parte, por qué no se ha producido una abierta intervención del Estado por lo alto, capaz de desbloquear un estado de relaciones sociales que ya se prolonga anacrónicamente. Aunque, sin lugar a dudas las cosas ahí se están perfilando hacia una crisis social que puede ser definitiva.

Por ello, dicho sea de paso, no basta con constatar, como resulta muy corriente de los análisis venidos de los economistas, que el Estado participa en una forma acrecentada en la economía de "los países en desarrollo", para deducir de ahí que se está frente a ejemplos de sobrecargada autonomía o fortaleza del Estado en términos políticos o de poder. El caso argentino muestra bien que puede existir lo uno sin lo otro.

En Chile solamente el primero de los elementos señalados: el ser producto de una profunda crisis de la organización social, se encuentra en la base, muy estrecha por tanto, del régimen represivo. No se puede hablar aquí, pues, ni remotamente, del advenimiento de una revolución por lo alto. No basta con eliminar o expatriar a la mitad de la intelligentsia, es decir, a la intelligentsia de izquierda y a una buena parte de las bases politizadas e imponer una "coherencia represiva" a la organización social y política para que el desarrollo capitalista en sentido estricto se ofrezca como un camino abierto (sector secundario y gran industria como ejes predominantes de la economía vueltos hacia el mercado interior).

El régimen franquista no sólo es el producto de una crisis social sino de una verdadera guerra civil y el orden que instaura significó, por lo menos durante un largo período inicial, un profundo estancamiento del desarrollo y de la sociedad global. Sin embargo las bases potenciales para llevar adelante el capitalismo sí se mostrarían aquí bastante respetables, en un segundo momento más o menos reciente (a diferencia del caso chileno); cuando además de una significativa industrialización, urbanización o en general de un crecimiento del mercado interior relativamente amplio en términos cuantitativos, han sido refortalecidos, como correlato los cuadros científicos, culturales, e incluso empresariales, diezmados por la guerra, la represión y el exilio.

Parece fundamental entonces en este ejercicio comparativo de la sociedad y del Estado mantenerse dentro de los ejemplos en donde el capitalismo, "como relación social", es decir, el capitalismo en sentido estricto, ha podido ser desarrollado en forma vigorosa y, potencialmente, tiene amplios márgenes de seguirlo siendo. Por supuesto que habrá de tenerse en cuenta, como creemos haberlo hecho, lo localizado, excluyente y deformante de tal proceso cuando se lleva a cabo en situaciones sumamente tardías.

Pero lo que nos interesa subrayar es que no es posible analizar con los mismos instrumentos aquellas sociedades en donde los obstáculos estructurales al desarrollo *capitalista* se revelan cada vez más como infranqueables. De ahí que la economía y más exactamente la economía del desarrollo impone límites muy estrictos al análisis de las condiciones sociales y políticas del proceso de desarrollo; por lo menos en lo que al análisis comparativo se refiere.

Querer hacer entrar al marco conceptual con que hasta ahora hemos analizado ciertos países, a sociedades como las centroamericanas o muchas

